

XVIII

MONOLITO ㄸ

MONOLITO

*Director editor: Juan Mireles.
Editor: Mario Islasáinz.
Jefa de redacción: Cristina Arreola M.
Reportaje cultural: Claudia Cárthaigh.
Crónica: Reyna Hernández Haro y
Abraham García Alvarado.
Colaborador: Alejandro Montaña.*

Contenido:

Obra en portada: *La luz está ahí* (acrílico sobre lienzo, 100x120cm) por Pilar Hinojosa.

Entrevista con el poeta Ricardo Yáñez.

Ensayo: “Ensayo de un palabrario, *Una semblanza de Norma Bazúa*” por Adriana Tafoya. “El sol sobre los ojos, conversaciones sobre el norte literario” por José Luis Domínguez.

Artículo: “«Holística del cuerpo, holística de la imagen»”. Concepciones de lectura de alteridad dentro del Carnaval de Negros y Blancos de Pasto por César Eliécer Villota Eraso.

“Acercamientos transtextuales a la poética de Josué Mirlo” por Neil Mauricio Andrade.

Reseñas literarias: “Código 0” por Diana Zamora y “*La posibilidad de la tristeza*” por Estephani Granda Lamadrid.

Crónica: “Café Córdoba” por Abraham García Alvarado y “Richard” por Reyna Hernández Haro.

Relatos: Adriana González Mateos, Miguel Ángel Araujo Cortés, Iván Medina Castro, Dante Vázquez, Alonso Guzmán, Frederick Heineken, Sebastián Lucero, Beatriz P. Vázquez.

Minificciones: Armando Alanís Castro y Daniel Sibaja.

Poetas incluidos en esta edición: Jesús Bartolo, Valeria Guzmán, Alfredo Lozano, Irma Torregosa, Ari j. González, Erika Said, Leticia Cortés, Xánath Caraza, Alejandro Montaña, Cristina Arreola Márquez, Lena Orduña, María Victoria Fabre, Antonio P. Guzmán, Román Sansores, Refugio Pereida.

Obra plástica por Pilar Hinojosa, Everardo García González y Paola Emhardt.

Serie fotográfica por Alex Gánem.

Editorial

El 2 de mayo pasado la revista cumplió tres años de vida. Ininterrumpidamente, el *Monolito* comprometido con sus lectores, bimestralmente ha lanzado ediciones con una mayor variedad de contenidos, de géneros literarios y artísticos. Nos hemos preocupado por la esencia —el núcleo de los textos presentados—, el estilo, y demás elementos que hacen de la obra, única. Con este número conmemorativo, celebramos no solamente a los autores publicados en esta edición, sino a todos los que han participado directa o indirectamente con nosotros. A los lectores por interesarse en las obras presentadas. Así como a los colaboradores que se han acercado a nosotros con la intención de ser parte de la revista. Y en relación a este último apartado, y como ya habíamos anunciado en nuestra redes sociales, se suman al equipo editorial (como resultado de nuestra convocatoria “Se busca colaborador”), Reyna Hernández Haro (Licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara y Maestra en Literatura por la Universidad de Chile. Profesora en el Departamento de Letras de la Universidad de Guadalajara. Ha publicado artículos críticos en diarios como El Semanario y El Informador, en revistas independientes de Puerto Rico y Guadalajara, así como en diversos medios electrónicos. Como investigadora se ha enfocado en la escritura de Antonio Skármeta y en el análisis receptivo de la literatura) y Abraham García Alvarado (es un novelista, cuentista, cronista y guionista. Nació en México D.F. Reside en la ciudad de New York desde 1997. Es graduado de City University of New York, diploma en Latin American Studies. Actualmente cursa una licenciatura en Spanish and Latin American Literature. Sus novelas han sido publicadas en Editorial Voces de Hoy (2011) Editorial Miguel Ángel Porrúa (2014) y Por la Libre Ediciones - Librería Porrúa (2015). Sus cuentos y crónicas han sido publicados en revistas de literatura en México y Estados Unidos. Mensualmente colabora en la revista ViceVersa), dos autores que estamos seguros, ofrecerán textos de calidad, en este caso, en el género de crónica. Sus primeras aportaciones las encontrarán en esta misma edición. Creemos que el género de crónica debe mantener una continuidad que a últimos tiempos se ha visto un tanto ausente.

Todo el equipo editorial les agradece infinitamente sus lecturas, pues con éstas, mantienen de pie al *Monolito*.

Adelante, entonces, a este número conmemorativo por nuestros tres años de vida, a este *Monolito* XVIII que se expone como el más extenso de nuestra corta historia.

Blog: <http://revistaliterariamonolito.blogspot.mx/>

Canal en Youtube: <https://www.youtube.com/user/MonolitoEdiciones?feature=watch>

Facebook: <https://www.facebook.com/RevistaLiterariaMonolito>

Twitter: <https://twitter.com/RevistaMonolito>

¿Quieres colaborar? Manda tus obras a revistarusticamex@hotmail.com

Cada uno de los textos e imágenes aquí presentados, son responsabilidad y propiedad de los autores.

Registros en trámite.

Ensayo de un palabrario

Una semblanza de Norma Bazúa

Por Adriana Tafoya

Norma Bazúa Fitch nace en 1928, casi veinte años después del surgimiento del movimiento futurista, detonante de las vanguardias del siglo XX, 1909, donde en uno de los incisos de su manifiesto proclama que “nosotros queremos glorificar la guerra –única higiene del mundo- el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los libertarios, las hermosas ideas por las cuales se muere y el desprecio por la mujer”, y en otro, “nosotros queremos destruir los museos, las bibliotecas, las academias de todo tipo, y combatir contra el moralismo, el feminismo y contra toda cobardía oportunista y utilitaria”. (P. 14). Y estas ideas eran en esa época la vanguardia para nuestro futuro.

Casi veinte años después llega la poeta Norma Bazúa, a una década donde el grupo de los Contemporáneos y los Estridentistas (1921) estaban en su apogeo. A la par de plumas poéticas que venían llegando junto con ella a este México postrevolucionario; algunas, ahora ya muy reconocidas, como la de Enrique González Rojo, Eduardo Lizalde, Rubén Bonifaz Nuño, Raúl Renán, Jaime Sabines, Inés Arredondo, Enriqueta Ochoa, Dolores Castro y Rosario Castellanos.

"Niña ingobernable", como comenta Ernestina Yépiz, a Norma su madre "tenía que recitarle poemas para que se dejara peinar, porque era muy inquieta"; aunque faltó agregar, valiente y audaz, y extremadamente inteligente; prueba de ello fue que la eligieron en sexto grado de primaria, junto con otros estudiantes destacados, para saludar en persona al entonces presidente de México, Lázaro Cárdenas. Enorme huella dejó en su vida este encuentro, y más adelante Norma se volvió una activa militante en el movimiento de liberación nacional, en 1961, participó en las huelgas de los maestros en 1960 y al igual que Enrique González Rojo perteneció al partido comunista, aunque en su caso, profesó sus convicciones políticas de manera muy independiente, pues aunque era muy participativa en los movimientos sociales, e incluso volanteaba febrilmente, nunca llegó al fanatismo y luchaba

por las causas sociales que le simpatizaban, Norma era activista política sí, pero no se entregaba a un partido; de hecho, muchos de los estudios que realizó, fueron con la intención de dar bienestar y crecimiento a la comunidad.

La vena poética le viene de familia, pues su abuela escribía poemas. Norma hereda este don para en el futuro consolidar una poesía con estilo y ritmo bastante particulares y que se diferencian mucho de otros de la época. Para sus versos la poeta Bazúa tuvo importantes fuentes de influencia; era ávida lectora de Schiller, Edgar Allan Poe, Ezra Pound, Shakespeare, Sor Juana y otros poetas del Siglo de Oro. Escritores que se verán constantes en el cuerpo de su obra.

El primer escrito que publica, lo hace a los 25 años, interesante dato es saber que era un poema contestatario, en una gaceta de izquierda, dirigida por Santos Bárcenas. Ya escribía sus primeros versos desde la preadolescencia, sin embargo no gustaba de mostrarlos, y es de notar, que cuando por fin publicada, lo hace con "poesía social". Y efectivamente, el primer libro que aparece *De ser, amor y muerte* (editado por Alejandro Finisterre) es de este tono; una selección realizada por Carlos Pellicer, quien fue que la animó a publicar este libro, diciéndole: "Usted mi querida, no es poetiza, sino poeta, porque también hay poetizos". (1962). Naturalmente continuó apareciendo la obra de la maestra hasta alcanzar los 13 libros, aunque en ocasiones con un espacio largo entre la publicación de un tomo y otro, por diversos motivos; por mencionarlos, la poeta tenía muy en alto el rol de madre, como muchas mujeres de su época, perfeccionista, como en todo siempre lo fue, quiso ser una madre ejemplar, por no decir perfecta, pues en palabras de su hija, Mirivilia Carrasco, ella confeccionaba toda la ropa de sus cuatro hijos, a la vez que asistía a la universidad y mientras escuchaba la clase tejía, para aprovechar en su totalidad el tiempo.

Tanta era su necesidad de perfección, que aparte de ser bióloga investigadora, por el IPN, también realizó estudios de matemáticas, ciencias políticas y posteriormente el doctorado en lengua y literatura españolas, en la UNAM, para completar su formación, pues ella pensaba como mujer extremadamente racional que era, que ese era el modo adecuado para equilibrar su ser y esculpirse de todo a todo para las letras. Era una mujer muy honesta e íntegra. No le gustaba lo fútil, siempre estaba en la búsqueda del contenido, tanto en la poesía como en la existencia y siempre procuraba generar la armonía.

Otro de los problemas a los cuales se enfrentó Norma para la publicación de su obra, es que no era parte de los círculos literarios que se movían en los años sesenta y ochenta, e incluso en los noventa, y por tanto estaba relegada de las publicaciones continuas; por otra parte su acercamiento a ciertas esferas de poder que facilitaban la publicación de libros, se había visto cuartada por su divorcio con Lorenzo Carrasco, arquitecto (editor de la importante revista *Espacios*) y consejero personal de López Portillo, y que Norma publicó un fragmento de un poema escrito para un "amante metafísico" y al mismo tiempo en recuerdo de su ex esposo, lo cual le acarreó un escándalo, y por orden directa de ciertas cúpulas de poder fue "excomulgada" de los grupos con los que tenía relación. Así, la "chispa del cuerpo y ya el incendio del sueño", se mantuvo congelado por cerca de cuarenta años.

Sus publicaciones, lo cual puede notarse si seguimos su bibliografía, se gestan en los ámbitos marginales del mundo editorial de la poesía.

Uno más de los motivos, y el que los últimos años le hizo mayor mella, fue una de las cualidades que más valoramos sus editores y promotores de obra, pero que para otros, quizás los más, amantes de las buenas costumbres, y no de las buenas conciencias, (a pesar de que supuestamente los literatos se mueven en un ambiente de intelectualidad), fue la enorme cualidad de su franqueza, su aguda crítica y por encima de todo, su honestidad. A Norma Bazúa Fitch no le gustaba mentir, ni siquiera ponerle dos de azúcar, gustaba de tomar el café tal cual es y en las tertulias, reuniones, y talleres de poesía se daba a la tarea de decirles sus verdades y errores a los poetas y aspirantes a poetas. Como habrán de imaginar los segundos son los que generaron más problemas. Provocando con este importante atributo del ser (porque el poeta como el filósofo, cuestiona, y sobre todas las cosas, duda, y siempre busca en el desarrollo humano), provocó oleadas de disputas, enojos, resentimientos, y todo un castillo de rencores, que hasta la fecha a pesar de su muerte no se han olvidado.

Puedo decir que la maestra Norma Bazúa era idealista, por no decir, utópica, por pensar que al estar codeándose con la "alta cultura" sería completamente normal tratar de llevar la crítica a un acercamiento de colegas, y crear un diálogo de retroalimentación con ellos. ¿Y por qué no? Llegar a algún método conclusivo para establecer a través del trabajo conjunto ciertos parámetros para el canon personal.

La poeta Bazúa olvidó que México es un país hasta la fecha extremadamente tradicional, y que ahora todavía después de su muerte continúan en crisis los parámetros de la poesía, ya que no ha habido lugar para la crítica; todos piden que haya críticos, expertos que la ejerzan, pero casi nadie levanta la mano y la voz para ejercerla. Me atrevo a decir que este fue uno de los más fuertes motivos por los cuales la obra de Norma Bazúa no logró colocarse en los círculos de publicación, pues la palabra hipocresía no estaba en su diccionario.

Entre la obra de gran calidad que por supuesto tiene la poeta, podrían apreciarse cuatro libros monumentales y emblemáticos; *A manera de pre-texto el mar*, *Varo entre remedios caseros*, *Aprender la muerte* y *Boceto para un palabrario*, este último, su favorito, el que ella consideraba su poética y para Antonio Alatorre, su mejor libro. Aunque para algunos, serían dos los entrañables, por su alto grado de emotividad, *Como dibujando las distancias* y *Una chispa del cuerpo ya el incendio del sueño*.

De su obra han hablado, desde poetas emblemáticos como Abigail Bohórquez, Carmen de la Fuente, Enrique González Rojo, Manuel Ponce, Luis Rius, o el mismo Pellicer, así como Yolanda Ortega Rizo, Bernardo Ruiz y más recientemente, Santos Velázquez, Francis Mestries, Ernestina Yépiz, Guadalupe Elizalde, Porfirio García Trejo, y también poetas más jóvenes, como Gustavo Alatorre, Rocío García Rey, Hortensia Carrasco y Andrés Cisneros de la Cruz.

Hay poemas que indudablemente permanecerán en la memoria de la poesía y nosotros sus lectores, como lo son el seis y siete de *A manera de pre-texto el mar*, así como su poema satírico “Perra de caza mayor”, incluido en *Como dibujando las distancias*. También el 23 y 24 de *Aprender la muerte*; el poema primero “decidirte palabra de Boceto para un palabrario”, y de “Varo entre remedios caseros”, el poema “Bordando el manto terrestre” y “La revelación o el relojero”.

Las construcciones de Norma Bazúa están basadas en gran parte por silogismos, metáforas e imágenes, sobre todo por metáforas novedosas y combinaciones formales, siempre de tono irónico y picaresco: un claro desarrollo de sus capacidades técnicas, musicalidad y riqueza de imágenes de corte dimensional; la poética de Bazúa nos proporciona un sinuoso mundo interior, extremadamente profundo, pareciera estar más viva que los demás, y ella misma lo dijo en una entrevista que le hace Santos Velázquez: “lo más bello que he vivido es vivir”. En sus versos comparte estas experiencias, llenos de paisajes, dimensiones exóticas; los mundos interiores de Norma, que estaban extraordinariamente desarrollados, y tal vez podría pensarse como la primer poesía existencial escrita por una mujer poeta en México; y nos regala estas experiencias para reafirmar y recrearlas en diferentes niveles de conciencia con su gran cantidad de ideas o percepciones ensortijadas unas con otras, mostrando un alto grado de la belleza, con símiles de naturaleza, que como dotada solo ella percibía, y que de alguna manera, al archivarse en los ojos del lector, se plasman, como realidad natural.

Por ejemplificar, cito algunos versos: *las flores cumplían destino de portales floridos / cultivadas a conciencia eran cosecha cierta esperando el otoño / anunciado en puntas doradas de la hierba*; del poema “Música solar”.

Después de la batalla sólo rocas y polvo / átomo sin voluntad, del poema “Descubrimiento de un geólogo mutante”.

Sostengo tierra y luna / soy por un momento ley malabar que mantiene armonía de esferas / Tanto llevo ensayando este universo / dentro de mí espacios que formulan motivos / satélites lentos por elipses de largo y corto alcance (...) He tentado la llama bajo matraz apenas del impulso / mientras incubo lentamente la estrella de la tarde / que me lleva a caminar por cuerda floja / -tendida sobre campo de espadas somnolientas- (..) Como astrónomo cierto soy todavía hacedor de recintos / donde mi estrella vive sin recato su conversión en rosa / que demanda equilibrio de pétalos perennes / sobre un mundo que empieza a deshojarse sin gravedad precisa / en un proceso que detenta minutos. Del poema “Fenómeno de ingravidez”.

Navegando de una orilla a otra / animales recién creados toman nombre por oficio: / los peces acuatizan / vuelan los de alas / pisan tierra firme los antiaves / a manotazo sucio sigue reinando el tigre / alimañas con veneno rápido custodian todavía los rincones / Un río superando cauce impuesto / orienta su ruta para tránsito de humanos / hasta la benditera colectiva donde todas las razas atlantizan / Yo debí nacer en reciprocidad del

aire con ondas acústicas / entre pertinencia acuática de pez / en orden de fuego arrasando hojarascas caducas. Del poema “Microcosmos”.

Entre mi gato y yo / hay un convenio eléctrico / un puente de simbiosis que me eriza / Cosmos diminuto / entre luces de mi pelo y sus descargas / sombras comunes atrapan ruedecillas de luz. Del poema “Simpatía”.

Mi gato hojaldrado se crispa / Su hojarasca seca se eriza ante peligro de fuego. Del poema “Visita inesperada”.

Estos ejemplos los tomé sólo de uno de sus libros, *Varo entre remedios caseros*. No cabe duda de que Norma Bazúa era una gran poeta y dejó una obra digna de dedicarle nuestro análisis y también nuestro deleite, pues siempre se mantuvo en vida, entre las batallas de la razón y del lirismo; y así sería pertinente recordarla.

Aquí es momento de reflexionar en qué postal de nuestros recuerdos nos gustaría guardarla. Como la Norma de Kennedy, la militante que en 1962, mandaron a catorce agentes de la policía preventiva para aprehenderla y que desaparecieron por diez días, pues temían que Norma, uno de los diecisiete nombres que estaban en una lista negra, fuera a hacer algún desperfecto durante la visita de Kennedy a México; pues en esos tiempos el presidente Kennedy había ordenado la invasión de la bahía de cochinos en Cuba, la mítica invasión de Playa Girón.

O a la Norma con el puño en alto, en medio de la huelga de los maestros en el 60, o en la marcha de los ferrocarrileros; siempre en la lucha, la lucha entendida de todas las formas posibles, una Norma sobre el Ring, en medio de Steelman y el Huracán Jr., en la foto sobre un cuadrilátero después de haber sido jurado en el Torneo de Poesía.

O la misma, que después de su muerte, aún da de qué hablar, la Norma del Premio Aguascalientes, que entra por donde menos la esperamos, cuando el gobernador del estado hidrocálido da su discurso en 2011 para otorgar el galardón a Espinosa Quintero, y sorpresivamente declara ante la prensa, dedicar en homenaje el premio a la gran poeta Norma Bazúa y a Gonzalo Rojas, ese año; esto a pesar de que a Norma no se le concedió ganar este certamen en vida. Ironías del destino.

O tal vez prefiramos recordar a la Norma Bazúa autónoma, construyendo su casa y su poesía sobre un voladero, como una “moderna Diótima” que al escribir dialogaba con las palabras, siempre exigiéndoles otra posibilidad de significado. Siempre quebrando los versos para exigirles nuevas respuestas; nuevas posibilidades para su construcción personal, y la poética que entregaría para crear algo de gran valor a sus lectores. Para darles una nueva visión del futuro, no tan pesimista, no tan tétrica. De mayor equilibrio, con más armonía, tanto para la vida como para la muerte.

XVIII
años

Uno en principio, lo sepa o no, escribe para conocerse, quizá un poco para equilibrarse, para no caer.

Ricardo Yáñez

El sol sobre los ojos, conversaciones sobre el norte literario

Por José Luis Domínguez

Eduardo Antonio Parra, nacido en Guanajuato, pero renacido en las letras mexicanas en el estado de Nuevo León, en su excelente prólogo a “El sol sobre los ojos”, nos realiza una cartografía exacta aunque incompleta de la literatura escrita en el norte de México y su nómina de autores a través del tiempo: Alfonso Reyes, Julio Torri, Nellie Campobello, Rafael F. Muñoz, José Vasconcelos, Salvador Novo, José Revueltas, Gerardo Cornejo, Daniel Sada, Severino Salazar. Yo añadiría a Patricia Laurent Kullick, Cristina Rivera Garza, Juan José Rodríguez, Elmer Mendoza, Luis Humberto Crosthwaite, David Toscana, Hugo Valdez y Alfredo Espinosa, y aunque no todos son de latitudes desérticas, también son norte-mexicanos.

También, Eduardo Antonio Parra, nos previene sobre el contenido del libro sin revelarlo, para que nuestra curiosidad lectora se lance a fondo a la aventura propuesta por cinco autores jóvenes con carrera universitaria, nacidos y formados literariamente en Chihuahua y que pertenecen a una generación relativamente joven, la de aquellos que han nacido entre 1970 y 1977, como lo son: Liliana Pedroza, compiladora quien ensaya sobre el narrador oriundo de Delicias, Chihuahua, Jesús Gardea, quien sigue demandando lectores inteligentes; Ramón Gerónimo Olvera, poeta y ensayista, quien aborda la labor poética del novelista historiador, Carlos Montemayor; Renée Acosta, la cual escribe sobre un poeta hermético, clásico moderno, llamado Rogelio Treviño; el orgullosamente cuauhtemense Fernando Hernández González, mismo que nos invita a una zona desconocida, pero apasionante, de la personalidad de Martín Luis Guzmán; y, por último, Javier Mariano Rubio nos acerca a la obra del historiador novelista José Fuentes Mares.

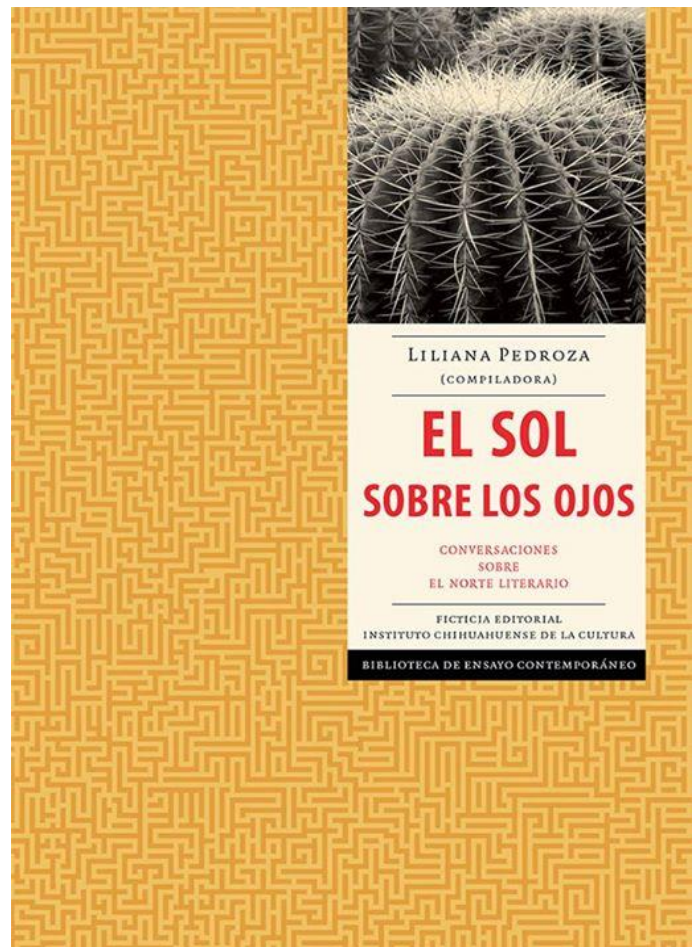
De esta manera tenemos en *El sol sobre los ojos, conversaciones sobre el norte literario*, a cinco jóvenes ensayistas, quienes, además, unos, son poetas, otros, ensayistas, otros más narradores, o practican varios géneros literarios, venciendo brillantemente la página en blanco y brindándonos un acercamiento amoroso a cinco autores ya consagrados, con excepción de uno de este quinteto, por la historia de la literatura mexicana.

Abordemos todos y cada uno de los apartados del libro. En Jesús Gardea: la palabra y sus mundos, el primer ensayo con el que se abre, Liliana Pedroza recoge el hilo del recuerdo tal y como se recoge el hilo de la arena del desierto. La memoria suele ser árida como éste, pero no está hueca como creemos; también, como el desierto, está llena de presencias. Desierto. Qué palabra tan sola, tan falsa, tan engañosa. Nada de lo parco, de lo avaro, hay de cierto en el desierto. Todo ahí es pletórico. Lo pequeño, lo múltiple, lo superpoblado, el detalle, vibran como reflejos de un laberinto mítico de espejos y espejismos, es ahí donde la luz establece su casi imperceptible imperio melancólico. Liliana Pedroza lo sabe, por eso establece el desierto como el gran imperio narrativo y melancólico de Jesús Gardea y desde el mar de Tetis, que fuera este desierto chihuahuense hace ya cientos de años, tira sus redes oceánicas hasta el desierto sureño de los Estados Unidos de Norteamérica y establece sus líneas meridianas entre narradoras de aquellos lares: Carson McCullers, Flannery O'Connor y Eudora Welty.

Liliana Pedroza explora con acierto las similitudes entre Jesús Gardea y sus colegas norteamericanas y deduce que en los cuatro autores, el desierto es metáfora del hombre. Los personajes de sus historias son también seres extraños, parcos, inadaptados, como si estuvieran, cada uno de ellos, fuera de contexto y sin embargo, paradójicamente, bien plantados sobre la arena, bajo ese sol inclemente, donde la incapacidad de comunicarse es uno de sus rasgos más comunes. Liliana Pedroza nos descubre a estos personajes entrañables como pequeños médanos donde el amor es como esa flor intensa y roja que brota en los espinosos y delgados brazos del ocotillo solamente por uno o dos días antes de extinguirse.

Carlos Montemayor, la otra respiración, es el segundo ensayo que aparece en el libro, escrito por Ramón Gerónimo Olvera, también poeta, narrador y filósofo. Tal vez por eso al inicio de su disertación nos confronta con el acto neumático y el acto poético. Escribir es como respirar, respirar nos da tiempo para escribir. Escribir es

escribir. En esta poética del aire, poética de la respiración, Ramón Gerónimo Olvera nos descubre otra vertiente, la del poeta, al artista más completo que hayamos tenido en Chihuahua: Carlos Montemayor. Es cierto, destaca la presencia de Martín Luis Guzmán, quien era un enorme estilista, un pugilista del estilo, un gran narrador, pero Carlos Montemayor resulta ser un buen ensayista, un buen narrador, un inmejorable traductor, un tenor respetable y además, un excelente poeta. Es en esta última faceta, sobre todo con los libros *Abril y otros poemas* y *Finisterra*, en la cual Ramón Gerónimo Olvera nos plantea a Carlos Montemayor como el hombre que ha aprendido a respirar



mientras escribe, que en el autor parralense escribir es respirar. Es en este ritmo de inhalar y exhalar donde se encuentra el gran misterio de la vida, de todo lo invisible que sustenta lo visible. Entre nosotros y la pared más próxima se alza el gran enigma, de eso que no parece pesar nada y nos pesa a todos porque de esa cuerda de lo que no se ve ni se toca es de la cual nos sostenemos todos para estar vivos. Y estar vivos, en verdad, es el gran milagro, la verdadera maravilla. Por eso, Carlos Montemayor, cuando escribe esa prosa que nos describe otras realidades dentro de ésta, cuando escribe sus novelas subversivas, completas, lo hace con el ritmo de la respiración del poeta. Ritmo y tiempo en Carlos Montemayor es la misma cosa, todo esto y más nos revela Ramón Gerónimo Olvera en su ensayo, cuando nos describe a un escritor existencialista en Montemayor, pero no un existencialista con un existencialismo mal entendido, sino con un existencialismo verdaderamente humanista, vitalista.

En Montemayor, nos recuerda Olvera, el tiempo es conciencia, y la conciencia es recuerdo. Y el recuerdo nos lleva, de una o de otra forma, ineludiblemente, a esa infancia colectiva, cósmica. Colectiva porque todos hemos sido niños, todos hemos vivido ese paraíso y con pocas excepciones, ese infierno, con todos los sentidos: gusto, vista, tacto, oído, olfato. Ramón Gerónimo traza en su ensayo no sólo la cuestión neumática, sino las líneas paralelas que ligán al Montemayor poeta con el Montemayor prosista, y también su despegue del lenguaje poético a la hora de escribir sus novelas más subversivas. Luego, la visión bíblica de un Job ante la novelística que trata el tema de las minas en *Mal de piedra* y en *Minas del retorno*, por lo tanto, nos habla de la visión pesimista de sus personajes y de que todo su cuerpo, dentro de lo temporal, llega a su fin. *Vita brevis*. La vida es breve. Y esta frase dicha por un personaje de una de las novelas de Carlos Montemayor, se convierte en la mayor exaltación del optimismo. Si la vida es breve, entonces vivámosla al máximo. Todas estas reflexiones es capaz de despertar en nosotros los lectores Ramón Gerónimo Olvera con su ensayo *Carlos Montemayor, la otra respiración*.

El psiconauta del Septentrión: Rogelio Treviño, es el tercer ensayo del libro, escrito por Reneé Acosta, destacada poeta y aguda pensadora. En él se hace una completísima revisión de la biografía y las motivaciones de uno de los poetas decadentes más emblemáticos de nuestro estado grande como lo fue Rogelio Treviño, compañero generacional de poetas chihuahuenses tan importantes como Jorge Humberto Chávez, Enrique Servín, Marco Antonio Jiménez, Ricardo Morales, Óscar Robles, Alfredo Espinosa y Ramón Antonio Armendáriz, todo ellos nacidos en los cincuentas, quienes, a través de sus libros publicados, ha puesto en alto nuestra zona septentrional en la cartografía poética mexicana.

Reneé Acosta compara asertivamente a Rogelio Treviño con Diógenes el cínico, cuya fama de trashumante es hartamente conocida. Rogelio Treviño cumplió un destino paralelo al de uno de sus escritores más admirados: Edgar Allan Poe. Un destino trágico compartido. A ambos el alcoholismo les deparó una muerte a mediano plazo que se cumplió en ellos casi de la misma manera. Murieron, literalmente, en la calle. Libres de esas cuatro paredes de una habitación común y de una cama acogedora. Murieron fuera de la caja, en plena libertad. De ahí que a Rogelio Treviño podamos llamarle existencialista decadente.

Reneé Acosta nos da un acercamiento a la numerología y a la astrología con la sabiduría de los alquimistas. El cero, símbolo numérico del poeta, es la imagen de la locura. *Follis*, en latín y *foolish*, en inglés, significan, respectivamente, saco de viento, locura. Rogelio Treviño era como un saco en donde el viento de la sabiduría entraba a raudales para luego salir de él en forma de ideas luminosas. El arcano cero del Tarot nos habla del eterno buscador de su complemento, el uno. El hombre vertical, el hombre espiritual. Por eso Rogelio Treviño nunca quiso poseer nada. Es decir, siempre quiso poseer el cero, que es sinónimo de la nada. Pero quien tiene la nada, lo tiene todo.

Rogelio Treviño, así nos lo presenta Reneé Acosta en este ensayo, fue el gran contradictor. Fue un puer sénex, es decir, un viejo niño feliz, contradiciendo siempre, con su postura, a nuestra sociedad altamente capitalista, hedonista, consumista. Desconfía de lo que le gusta a las masas. Cuando se habla mucho de poesía es cuando menos hay poetas, ahorita no hay poesía, por eso hay tantos poetas. Solía decir Rogelio Treviño.

Alumno del poeta nicaragüense ya extinto, José María Lugo -del cual heredó su pasión por la alquimia, la cábala, la astrología y la numerología- Rogelio Treviño no tardó en desarrollar su propio corpus poético filosófico-hermético que le impulsó a escribir el magno poema que le heredó a Chihuahua: Septentrión: las siete estrellas de la Osa Menor, en donde se exalta la historia de la fundación de la capital y la irrupción de la Revolución Mexicana y comparte con José Vicente Anaya quien escribe su poemario Híkuri, su identificación con la raza de bronce, los tarahumaras. Ambos poemas nacidos de influencias opuestas ejercidas, respectivamente, por Thomas Stearn Eliot y Ezra Pound, por un lado, y por Allen Ginsbergh, en el otro.

Reneé Acosta, a través de su ensayo híbrido -híbrido porque hace de él una biografía, una semblanza y un ensayo- nos acerca a ese Diógenes moderno llamado Rogelio Treviño. Nos lo retrata con una fidelidad impresionante, y vemos la figura del loco con el saco de viento a cuestas viviendo en la pobreza extrema, en el desapego que sólo consiguen los grandes espíritus. De carácter risueño, de un humor burlón sin llegar a ser cruel o déspota, avanzaba sin atarse a ninguna pertenencia o propiedad o cosa alguna, pero por lo mismo, ligero, como el viento, sin detenerse, por los caminos que lo conducirían a la poesía, que se convirtió en su vida misma.

En la segunda parte de su ensayo, Reneé Acosta, valiéndose de su conocimiento alquímico y en sus lecturas de Fulcanelli, y de El misterio de las Catedrales, nos revela el significado de los tres poemas herméticos del vate chihuahuense, cumpliéndose en poesía lo que se puede aseverar de un cuento: un cuento es siempre dos cuentos, el primero de ellos consiste en lo que el cuento nos cuenta; y el segundo, en lo que no nos cuenta el cuento con lo que nos cuenta, así, en los poemas herméticos de Rogelio Treviño, un poema habrá de ser más de un poema. Lo que está en el poema y lo que subyace en el poema.

Al final del ensayo, Reneé Acosta, sitúa cronológicamente la labor poética de Rogelio Treviño, separándolo de la tradición de la región romántica del siglo XIX y posicionándolo con su obra como el primer gran poeta de la historia de la literatura chihuahuense.

Martín Luis Guzmán alias “Silvio” o “Estrella de Oriente”, una existencia atética en el Ateneo de la Juventud, es el cuarto ensayo del libro, escrito por el joven autor cuauhtemense Fernando Hernández González, de quien hemos leído un interesante libro titulado *De crisis y paradojas*, en donde trata sobre sus aproximaciones al postlatinoamericanismo de Santiago Castro-Gómez, publicado por la UNAM en las ediciones Nostromo sobre estudios latinoamericanos.

No es extraño el título del libro *De crisis y de paradojas* al ensayo que desarrolla sobre ese grupo de intelectuales y escritores -reunidos alrededor de la figura del prócer José Vasconcelos- mejor conocido como el Ateneo de la Juventud, conocidos por su gran apego al neoplatonismo y apoyados en los conceptos de Heráclito el eleata, cuya divisa era la constante transformación de las cosas, de ahí que su premisa fuera que un hombre no se baña dos veces en el mismo río, pero bajo el añadido de un estatismo, de una inmovilidad voluntaria, la cual, a su vez, contradecía al mismo Heráclito. Estoy hablando de Julio Torri, Antonio Caso, Alfonso Reyes, el dominicano Pedro Henríquez Ureña, puesto que el texto de Fernando Hernández González gira en torno a la paradójica y atética figura de Martín Luis Guzmán.

La paradoja, como ya lo sabemos, es lo contrario a la opinión común (a la doxa), y está basada en hacer justamente lo contrario, lo inesperado, lo increíble, lo maravilloso y extraordinario, algo distinto de lo que se espera. Lo que nos revela Fernando Hernández González del novelista chihuahuense es una presencia perturbadora dentro del Ateneo que delataba una personalidad que, a decir de Alfonso Reyes, era incapaz de estar de acuerdo, de estar en paz, y el peripatetismo y esa compulsiva propensión a huir de Martín Luis Guzmán, lo hacían un dudoso candidato a pertenecer al grupo.

En una carta dirigida a Alfonso Reyes, nos da a conocer el ensayista, Martín Luis Guzmán define muy bien su postura respecto al Ateneo, diciendo:

Creo con Heráclito en el desenfrenado huir de lo existente, en el simbolismo del fuego, en el cual todo se transforma para convertirse en nada, mi horror a la finalidad (*telos*, en griego, acotación mía) me hace incongruente e imprevisor, mi amor a lo espectacular me ha vuelto holgazán.

Alfonso Reyes no comprende a Martín Luis Guzmán y le reprochará soterradamente publicando dos textos su propensión a dejarse llevar por la corriente sin oponer resistencia. Alfonso Reyes lo satiriza en su texto llamado Silvio y lo cosifica hasta convertirlo en un guiñapo sin voluntad. Reyes escribe:

Al amigo Silvio cualquiera se lo halla en una esquina y lo empuña y se lo lleva como a un bastón.

Silvio no tenía familia ni vino de ninguna parte. Existía tan natural y tan sensiblemente como las cosas; parecía un duende familiar de la casa en que se alojaba; parecía una segregación espontánea de la vida de la ciudad. Cuando se le encontraba por la calle, inmóvil, sin ver ni oír, no era fácil distinguirlo de las paredes de la casa o del flujo anónimo de pasantes.

La ironía de Alfonso Reyes es graciosa, pero cruel. Es curioso, paradójico, por lo tanto, atético, que Reyes se sintiera perturbado ante una presencia como la de Martín Luis Guzmán, quien representaba esa presencia que irradiaba un individualismo anárquico, siendo aquél todo orden, toda medida, todo meticulosidad. También que ambos llegaran posteriormente a ser los dos amigos más cercanos entre sí del Ateneo por circunstancias trágicas y dolorosas y afines, quizás como un signo atético del destino. En el flujo de la revolución de 1910, se dieron las conductas atéticas -es decir, sin una finalidad claramente establecida- del coronel Martín Luis Guzmán, padre del escritor, en la Batalla de Malpaso, Chihuahua, y la del general Bernardo Reyes, en la Decena Trágica que acabara con sus vidas, respectivamente.

Antes de las novelas *El Águila y la serpiente*, *La sombra del caudillo* y *Memorias de Pancho Villa*, Martín Luis Guzmán escribe *La querrela de México* y *A orillas del Hudson*, una serie de artículos donde intenta expresar la importancia de la vida atética que, según nos lo aclara Fernando Hernández González, no es ya un desinterés del mundo, un dejarse llevar por la corriente, sino una entrega a la cotidianidad de los sentidos, a la evidencia diaria de los hechos que nos rodean y nos influyen de una y varias maneras para llegar a ser como somos o como queremos ser. De ahí la importancia del ensayo de Fernando Hernández González.

El primer párrafo de “La imagen perdida en el desierto, un acercamiento a la obra de José Fuentes Mares” -último ensayo de *El sol sobre los ojos, conversaciones con el norte literario*- escrito por Javier Mariano Rubio, lanza una línea de parentesco fraternal con el ensayo de Liliana Pedroza. Así, con el desierto se abre el libro y con el desierto se cierra. José Fuentes Mares nació en el desierto y el páramo alimentó su imaginación con las fantasías que pueblan sus espacios infinitos. Quien nace en el desierto acaba por llevarlo en el alma, convertido en energía sustentadora, ha dicho Fuentes Mares.

El texto, no sólo es un acercamiento a la obra de José Fuentes Mares, sino también un acercamiento a su vida y a su interpretación del mundo como fenómeno derivado de la Historia. Javier Mariano Rubio nos brinda la noción de que para este historiador y narrador -quien para escribir cada uno de sus libros se aísla en su casa de campo de Majalca, Chihuahua- todos somos el resultado de las circunstancias históricas que han ido construyendo nuestro entorno vital.

José Fuentes Mares, según palabras de su homólogo Ignacio Solares, posee una narrativa fresca e innovadora, lo que lo convierte en un historiador exitoso que hace literatura. En Fuentes Mares se armonizan las musas de la Historia y la de la Poesía y de la elocuencia: Clío y Calíope.

Javier Mariano Rubio nos transmite que, donde la historia de México oficialista ha puesto de personajes protagonistas a meros monigotes de paja y aserrín, o figurines con pie de barro, José Fuentes Mares les otorga un hálito de humanidad y verosimilitud extraordinarias; donde la historia de México oficialista ha idealizado en demasía a sus próceres; José Fuentes Mares los ha dotado de naturaleza humana sujeta también a errores hondamente comprensibles.

Fuentes Mares, acota el ensayista chihuahuense, es un imprescindible para comprender al México contemporáneo a través del tratamiento que le da a la Historia en cada uno de sus libros. Su estilo preciso, franco y enérgico, con leve sesgo de ironía y humor, es muy propio de los hombres del desierto. Su abordaje de la historia de nuestra nación, desde la época de la Conquista, pasando por la Independencia, la Reforma y la Revolución, hasta nuestros días es el idóneo para que los lectores se enamoren de su historia. Su crítica al expansionismo norteamericano es sumamente notable por certera y pertinente.

José Fuentes Mares también nos otorga una descripción exacta de cómo y por qué somos de una determinada manera y no de otra los chihuahuenses. José Mariano Rubio nos refiere cómo, ante la insistencia de Jacobo Zabudovsky, quien en una célebre entrevista le preguntaba si era mexicano, Fuentes Mares respondió:

-Soy de Chihuahua.

-Pero, ¿es usted mexicano?- reiteraba el periodista.

-Soy de Chihuahua- respondía Fuentes Mares.

La escritura de Javier Mariano Rubio es concentrada, pulcra, llena de significado. Nunca había leído y aprendido tanto de nuestra naturaleza chihuahuense y de José Fuentes Mares en tan pocas páginas. Javier Mariano Rubio es un facilitador del conocimiento histórico de los que estamos tan sedientos los chihuahuenses. Su preocupación por allanarnos el camino a los lectores es evidente en la forma amena y concisa en como escribe, por ello debemos agradecerle este tipo de ensayos, esta manera de escribir tan eficaz que tiene.

La aparición de este libro abre en nosotros los lectores chihuahuenses una gran esperanza y provoca una inmensa alegría. Durante muchos años me preocupé bastante por la ausencia de la crítica y el ensayo literario en el ámbito de nuestros escritores. Algunos de ellos tenían ya el estatus de clásicos modernos, relativamente hablando, y aún no habían sido tocados por la crítica o por el ensayo. Casi toda la producción literaria se encontraba en un pavoroso silencio que cimbraba nuestros espíritus. El desierto físico, espiritual y creativo parecía ser eterno. De pronto uno leía en alguna revista o en alguna compilación de algún encuentro estatal o nacional de escritores en el norte de México un acercamiento a José Fuentes Mares, a Martín Luis Guzmán, a Rafael F. Muñoz o a Nellie Campobello, pero eso era todo, un mero acercamiento. Sin embargo, el desierto chihuahuense seguía floreciendo en esa producción de una amplia y variopinta literatura narrativa y poética cuya nómina de autores seguía creciendo a

pasos agigantados. Y los críticos y los ensayistas seguían brillando por su ausencia. De pronto, en medio de las tolvaneras del desierto, saltaban como liebres pequeñas y orejonas, las voces y los nombres de Mario Lugo, Rubén Mejía, Alfredo Espinosa, quienes iban a situarse en revistas o antologías estatales y uno disfrutaba al leerlos, pero se quedaba con una sensación de insuficiencia. A veces saltaban los trabajos biográficos sobre los mismos autores antes mencionados, pero no los ensayos; saltaban las crónicas, pero no los trabajos críticos. Y seguía flotando en nosotros los lectores ávidos, esa enorme sensación de insuficiencia.

El árbol de la generación de los nacidos en los años setentas ha estado dando muy buenos frutos. Junto a Liliana, Ramón Gerónimo, Renée, Fernando y Javier Mariano surgen otros nombres: Juan Cristóbal Pérez Paredes, Leonardo Meza Jara, Daniel Espartaco, César Silva, Edgar Rincón, Blas García, Rodrigo Pérez Rembao, entre otros. Y este libro “El sol sobre los ojos, conversaciones con el norte literario”, es un parteaguas importante en la historia de la crítica literaria hecha por autores chihuahuenses y se me antoja para que sólo sea el primero de muchos libros, de una serie en la cual vayan desanudándose otras propuestas críticas, ensayísticas que tanta falta nos hacen a los chihuahuenses. Valdría la pena el esfuerzo. Se llenaría, así, un enorme hueco, un enorme vacío, tan grande casi como el desierto chihuahuense. De hecho, con este libro, *El sol sobre los ojos, conversaciones sobre el norte literario*, se ha comenzado con esa gran tarea.

XVIII

años

La voz no cambia, cambia el sentido de la voz. Yo he querido, y en ocasiones creído, que he trabajado diversas voces en la poesía que escribo.

Ricardo Yáñez

“Holística del cuerpo, holística de la imagen”. Concepciones de lectura de alteridad dentro del Carnaval de Negros y Blancos de Pasto

Por César Eliécer Villota Eraso¹

1. Preliminar

-Está bien, contestó el viejo, y al instante oscureció el viejo. “Ya oscureció el zopilote”, dice ahora la gente. Y así, durante la frescura del amanecer, comenzó su existencia. (Popol Vuh 2002:74)

Antes de mostrar las características del siguiente tejido textual que evoca la significancia del Carnaval de Negros y Blancos, declarado por la UNESCO como Patrimonio Inmaterial de la Humanidad en 2009 y que es una fuente de estudios para entender la importancia de las fiestas ancestrales en Latinoamérica, es claro referenciar las particularidades y propuestas del anterior epígrafe, que es una partitura oral y testimonial, siendo un acto que permite el entendimiento de las construcciones sociales, con el fin de que no quede en el vacío ni en la nada el concepto de existencia, el cual se engendra en los nuevos proyectos de vida, en ese hemisferio de creatividad que nace a partir de la imbricación de las raíces, que en ese movimiento de expresiones, permiten entender la entropía de la diversidad.

Por eso mismo, el ejercicio de los investigadores y de los lectores del holismo, de los caracteres holísticos, deben tener claro que las connotaciones dadas a este concepto son de tipo interdisciplinar, puesto que su entendimiento a nivel de corte ancestral lleva a tomar como conjetura y proposición final, el reconocimiento de la existencia desde lo social, cultural, político, económico y valorativo. En esto, la memoria oral y escrita juega un papel preponderante, sobre todo, cuando se juega a la lectura del contacto, a leer los cuerpos con la fragante humildad del artista y de su representación, debido a que desde la sinopsis general del día, cada humano es capaz de

transformarse en un lector de símbolos enajenado en su contexto, en su colectivo. Todo a partir de la utilización del tacto.

En el Carnaval como en otras manifestaciones culturales, la investigación hace presencia y eso se puede apreciar en todas sus modalidades que van desde el disfraz individual, la comparsa, la murga, la carroza no motorizada y el ejemplo vivo del cosmos de construcción sureña, representado en la carroza motorizada, la cual es un aliciente para la conmemoración de las tradiciones de la región. Es claro anotar, que los motivos son creados a partir de la lectura de las imágenes vivas, de la fotografía y el cine, otras nacen de los libros que se trifurcan y se convierten en imagen, todo se valora en la fiesta, todo es posible de convertirse en tema para Carnaval. Transmutando los cuerpos a imágenes que son absorbidas por los sentidos: el tacto, el olfato y la visión son elementos para crear y admirar.



Figura No 1. Carroza: ¡Qué Locura! Fiesta y Literatura
Maestro Franklin Melo Cháves
Fuente: Este artículo, 2015

Claro está que el porvenir de las figuras hechas en este Patrimonio Inmaterial es incierto, pero mientras se exponen en el desfile magno del seis de enero cobran vida, se hace fuerte su estudio y quedan otras imágenes en recuerdos de álbumes familiares, en la web y en los espacios periodísticos que dan cuenta de la importancia de la memoria para confrontarla en los recuerdos en la colectividad. Por tanto, la razón de las siguientes reflexiones, están ligadas a la construcción continua de los imaginarios carnalescos y cómo permiten su familiarización con procesos de alteridad; debido a que, la identidad y la homogenización -que son costumbres cíclicas delegadas por la globalización mercantilista- quedan por fuera de los géneros vivenciales de las comunidades latinoamericanas, desprendiéndose de los conflictos normativos y desde ahí dar paso a la confrontación con la experiencia, el juego y el testimonio.

En ese camino, los conceptos como *hibridación* en Néstor Canclini, *transculturación* en Ángel Rama; la cultura y la *verdad narrativa* en Renato Rolsado, y la *heterogeneidad cultural* en Antonio Cornejo Polar, son alternativas

para el estudio hermenéutico y etnoliterario de la imagen cultural, siendo procesos destinados a crear y manifestar una introspección propositiva de la *diversidad*, después de ejercer y aceptar el destino de la concienciación de los pueblos de la región. Esto será aplicado a todas las manifestaciones culturales de Latinoamérica, constituyendo una forma de pensar desde el manejo de la oralidad, el testimonio y el valor de la palabra, dando luz a una nueva epopeya de memoria colectiva.

Luego, al ser conscientes de las aplicaciones del Carnaval a nivel teórico y reforzadas por la experiencia, las fiestas, ritos y símbolos de la razón indigenista, afrodescendiente y mestiza se materializaron con el tiempo, se hicieron imaginarios que al entrar en contacto con las razones europeas en la “conquista”, no se perdieron, sino que se fundieron aún más en lo diverso; compartiéndose en la intimidad de los cuerpos, del contacto, del tacto ensimismado en la alegría. Funcionando como tributos a las deidades: Sol (*Inti*).² Luna (*Killa*).³ Madre tierra (*Allpa mama*)⁴; hasta convertirse en imágenes que se volvían –y vuelven- incandescentes en la llama del churo cósmico que es la situación simbólica que une los pares opuestos, pero que engrandece el conocimiento, en las deidades y las acciones humanas que tienen el presente en el medio, el pasado al frente para conocerlo y un futuro en la parte de atrás, porque todavía es incierto. Por lo mismo, estos constituyen referentes para la fiesta y su estudio a nivel interno, hace posible la catarsis estética, logrando un verdadero sentimiento por las obras, creando contactos de piel y barro, de piel y papel encolado.



Figura No 2. Escultura de la carroza: Inspiración Carnaval

Maestro Jorge Hernán Freyre

Fuente. Este artículo, 2015

En ese camino, para llegar a la actualidad de este fenómeno social, acontecieron eventos alrededor del panorama histórico regional, pasaron siglos que fueron constituyéndose como atractivos de reconocimiento del otro, se gestaron luchas incesantes para no omitir la raíz e historia (oral-escrita-pictográfica) de los pueblos. Por ello, aspectos de la vida de la parte sur-occidental de Colombia, donde las fiestas y tributos se mezclaron, en una razón

triétnica: la raza indígena (natural americana), la raza negra (desde el África) y la blanca (europea). Dan fe de una dinámica de la existencia, que va desde la exterminación de las clases sociales, las cuales han y son reemplazadas por el juego y la caricia, la majestuosidad y lo grotesco, la familiaridad y su añoranza, entre otras dualidades múltiples que son propias de las fiestas, los ritos y las remembranzas sureñas.

Lo anterior está ligado a una “filosofía mínima”, un suceso que se deriva del contacto permanente con la vida, con la sublimidad del ser, en cuanto ser social e histórico, en un micro-cosmos, tal y como lo plantea Mario Madroño (2012), en el suplemento cultural, *La Conjura de los necios*⁵:

“Pensar y vivir no depende del principio de razón suficiente. La insuficiencia arcaica del ser, expone la remoción de la esencia y la mutación de la materia, de los cuerpos. ¿Qué hacer de una filosofía nueva que vibre, del ápeiron, a lo sublime y de ahí al devenir, atravesando la intempestividad, saltando al acontecer, para en la desesperanza de una historia avistar pacientemente al porvenir? No hacer quizá, no pensar también, sentir, morir, amar un saber otro, que con el fulgor del rayo del pensar, disemine la esencia en la transmutación de la vida, cada día”. (Madroño, Mario. 2012: 3)

Aceptando la cualidad histórica que se experimenta desde el presente, constituyéndose como proceso partidario de la creación. Haciendo uso de significantes en el contexto que nos atañe, un espacio y tiempo propicio para resquebrajar todas las posibilidades de discriminación, de incapacidad de comprensión del otro, de posibilitar espacios de convergencia de dualidades y alternancia posicional, de entender los símbolos y actúales dentro del **Carnaval de Negros y Blancos**, desde la imagen y el cuerpo y su alteridad bajo la construcción permanente de la memoria.

2. Dualidad cuerpo-imagen en el carnaval

“El hombre pasa la vida improvisando representaciones, y al fin de cuentas lo único que queda de él son los disfraces con que estuvo actuando”. Fernando Soto Aparicio⁶.

El epígrafe que se resalta en esta parte del texto y, que pertenece al maestro Boyacense Soto Aparicio, lo he utilizado porque da apertura a la consolidación de la vida como un gran escenario de máscaras, pero no traídas para denotar la fragilidad de lo escondido, sino para navegar en la multiplicidad de símbolos que son holísticos, por cuanto tienen que ver con todos los órganos de circulación cultural, histórica y social de una región.

En ese caso, Colombia dentro de su construcción social, política, económica, vivencial, cultural, reglamentaria, cívica, ancestral y dinámica, se acompaña de unos imaginarios -porque no decirlo: alternos- enmarcados dentro de lo biodiverso, multiétnico y pluricultural. Así, dicha tridimensionalidad, ha dado lugar al re-pensamiento y futura abolición del significado de IDENTIDAD que desde muchos siglos ha invadido la mente de antropólogos, historiadores, científicos, filósofos e investigadores literarios, por cuanto funda su dinamización y experimentación en fuentes teóricas que vinieron y vienen desde occidente, donde se ratifica –hipotéticamente- a la homogenización como la única vía de alimentación de la memoria grupal. Claro está, que dicha dinámica ya no es convincente para reflexionar sobre el verdadero proceso heterogéneo en el que vivimos, y al cual nos enfrentamos cada día.

De hecho, las cualidades experienciales dan la oportunidad de construir pensamiento colectivo, pues trabajar en la simbólica de los otros, es una práctica muy particular, íntima. Así, Mario Madroñero (2011) plantea que “la singular experiencia del pensar que el encuentro con otro dona en la exterioridad de la relación misma, y que permite comprender la hospitalidad como lugar en el que lo que Levinás (1987) propone como una “desnucleación del mundo sustancial del Yo”, corresponde a lo inaudito de la responsabilidad del encuentro en el que la evasión conlleva comprender la responsabilidad también inaudita de una hospitalidad sin reservas” (Madroñero, Mario. 2011: 316).

Por lo tanto, el Carnaval de Negros y Blancos, al verse como una reunión de la cultura, de los parámetros ancestrales, de la cosmogonía, da lugar a la fiesta donde todo lo utópico y meditabundo tiene validez en la consigna: ¡El mundo al revés! Y en *Queda terminantemente prohibido, prohibir* que se acompaña con el cuerpo de los pastusos y los alternos a ellos (aventureros). Y en conjunto, no actuarán como espectadores y otros los causantes de un espectáculo, sino más bien, de actores de la elevación subalterna, propia de las carnestolendas.



Figura No 3. Carroza: En la Senda del Carnaval 6 de enero 2015
Maestro César Villota
Fuente: Este artículo, 2015

Es así que el carnaval se gesta como una herramienta para aprender desde la experimentación del goce, de mirarse en el otro como imagen y cuerpo, en el tacto, en la risa burlona, en lo barroco de las formas, en la cromática de los fluorescentes y hasta en la lágrima que rueda por una mejilla al desbordarse de felicidad. De ahí que:

“Pocas festividades son tan celebradas en tantos lugares del planeta como el carnaval. Hay ciertas características del carnaval que si bien han sido señaladas no son contempladas al momento de su estudio, el ámbito de la ciudad que funciona no solo como marco, sino como espacio de materialización de las significaciones sociales que le dan cohesión y sentido a un grupo en un tiempo y lugar” (Rodríguez, Javier. 2011:11).

El acontecer de la fiesta es una revuelta, en todo el sentido de la palabra, nos dice Octavio Paz en su libro *El Laberinto de la Soledad* (1950). En el carnaval las confusiones saltan a la vista, pues cuando el desfile avanza, los cuerpos que integran la representación se trastocan y se materializa en imágenes, las cuales son leídas y miradas con propiedad, magnificando el asombro de la belleza en el don natural, sin imponencias, con lo frágil de los símbolos y signos, que en palabras de Jacques Derridá (1968) “bien se trate de signo verbal o escrito, de signo monetario, de delegación electoral y de representación política, la circulación de los signos difiere el momento en que podríamos encontrarnos con la cosa misma, adueñarnos de ella, consumirla o guardarla, tocarla, verla, tener la intuición presente. (Derridá, Jacques. 1968: 8).

El ejemplo pragmático de tal referente teórico, lo podemos apreciar en este carnaval suramericano, con *made in* Pasto; donde las diferentes modalidades desbordan lo sobrenatural; el disfraz individual, la murga, la comparsa, la mini-carroza y el auto alegórico mayor (carroza motorizada) en la senda o recorrido por la calles se convierten en un gran teatro, siendo el camino para abordar los mundos posibles. Los cuerpos homogéneos se transforman en híbridos. Se conjugan las armonías de imágenes menores, el pueblo somos todos y entre lectura y lectura, el holismo se crece, todo, porque el cuerpo simbólico, es leído y pensado como un todo, una imagen que se expande con la simbología de articulación de unos frentes a otros, bajo la premisa del entendimiento y el rol posicional de satisfacción.

En ese orden, el cuerpo es una oscilación entre signos de cuerpo y no cuerpo, cuerpo por ser material y no cuerpo cuando se malea y cambia de forma, dando lugar a la imagen. Luego con la proxémica y las indumentarias febriles, “el cuerpo se ofrece como una totalidad binaria, igualmente a la vista e igualmente intocable: el cuerpo es siempre un más allá del cuerpo. Al palparlo, se reparte (como un texto) en porciones que son sensaciones instantáneas: sensación que es percepción de un muslo, de un lóbulo, un pezón, una uña, un pedazo caliente en la ingle, la nuca como comienzo de un crepúsculo. El cuerpo que abrazamos es un río de metamorfosis” (Goytisolo, Juan. 1979: 303).

No obstante, en ese juego no se puede caer en la mirada objetiva, en la que los cuerpos no pueden verse como simples objetos. La razón del corpus está en identificar los símbolos, las metáforas, las ironías que deberán transgredirse a otros lenguajes, caso de la escritura, la pintura, el arte conceptual –entre otras formas- en las que se da paso a la memoria histórica y colectiva. En dicha circunstancia, hablar con las imágenes del carnaval será dialogar con el pasado, con preceptos de un tiempo y un espacio determinado. Llegando a la tonalidades y avanzar en el manejo de la imagen, no hablando en términos raros, ni razones indescifrables, “en los discursos sobre la imagen constantemente se llega a indefiniciones. Algunos dan la impresión de circular sin cuerpo, como ni siquiera lo hacen las imágenes de las ideas y el recuerdo, que en efecto ocupan nuestro propio cuerpo” (Beiting, Hans. 2007: 13).

3. La apertura

El reconocimiento del Carnaval como un espacio de interacción, en la libertad del juego, pone al descubierto una de las actuaciones humanas esenciales, la cual tiene que ver con la entrada de comprensión con el otro, sin generar conflictos y avanzar a una propuesta conjunta, de una lectura de realidades, que nos provoque más deseos de escribir y alcanzar la llamada *Literatura Menor y Expandida* que mencionan Gilles Deleuze y Félix Guattari, refiriéndose a la obra de Kafka en el año de 1975. Por lo tanto, el papel de los investigadores en el campo de la Etnoliteratura, está en determinar la importancia de un punto de convergencia:

“un lugar del encuentro sería entonces el espaciamiento del tiempo, intervalo que se presenta en el saludo, santo y seña de una despedida de la historia de la presencia, en la que el don conlleva un compartir el tiempo en la ex-posición al otro, la naturaleza, el mundo, ya no como emplazamientos del ser, sino como lugares de partición y expropiación” (Madroñero, Mario. 2011: 325).

De ese modo, el acompañamiento del otro, en procesos de alteridad, deja abierta la puerta...

Notas y citas bibliográficas

1. Licenciado en Lengua Castellana y Literatura con grado de tesis Laureada. Egresado de Maestría en Etnoliteratura. Docente de Formación Humanística de la Universidad de Nariño, Cátedra: Literatura y Carnaval. Ganador del premio: Escritor Revelación del Departamento de Nariño 2014 por **Correo del Sur**. Correo: nicho39@hotmail.com Actualmente hace parte de los talleristas de la Secretaría de Cultura de Pasto en proyecto: **Escuelas de Carnaval**. El presente texto hace parte de las reflexiones y construcción de esa esencia mágica en Carnaval.

2. *Inti*, es una apropiación dialectal quechua que se refiere al sol. En el d

Diccionario Quechua (2005), investigación de la Academia mayor de la lengua en mención, editado en Perú, se refieren a esta palabra, como: “s. *Astron.* El Sol. El astro Rey. EJEM: *Inti haykuy*, puesta del Sol en el occidente; *Inti k'ana*. Sol candente y refulgente; *Inti*

puririy, primeras horas a partir de la salida Sol; *Intiq waqtanan*. Lugar o sitio a donde el Sol da directamente. || *Hist.* Dios tutelar de los forjadores da Imperio del Tawantinsuyu, quienes le rendían culto en reconocimiento de sus máximos beneficios a la vida; por lo tanto, fueron heliolatrías. Los Inkas se atribuyeron la categoría de ser hijos del Sol. || *Econ.* Unidad monetaria del Perú Republicano” (Diccionario Del Quechua. 2005:184).

3. *Killa*, hace referencia a la luna; a la *mama killa*: madre luna. Este astro ha sido tenido en cuenta por las diferentes civilizaciones mesoamericanas como una diosa, que cautiva por su luz resplandeciente. Utilizándola para marcar los usos del tiempo en las cosechas, en los sacrificios y en su mítica creacionista.

4. *Allpa mama*: s. *Mit.* (*Madre Tierra*). Dios totémico de los Inkas representado por el planeta Tierra, al que se le ofrecían ofrendas. El brindis era con ella en las ceremonias agrícolas y ganaderas, y que aún superviven en la actualidad en el mundo andino” (Ibídem.2005: 375).

5. Esta es una nueva propuesta que surgió bajo el sello de la Revista Cultural Avatares, bajo la dirección de Jonathan Alexander España. Cabe agregar que en esta primera edición la razón era buscar que la palabra deje eco y entreabierto, el lenguaje oculto de las incendiadas, pues “*toda conjura es memoria del fuego*”. Por ese motivo, haciendo un traslado a la razón del carnaval, éste también tiene su fuego, su momento. En estas aproximaciones, recientemente discernido el valor del carnaval y su compenetración con los cuatro elementos del planeta: Aire, Fuego, Agua y tierra.

6. Este epígrafe hace parte de la obra narrativa denominada: *La última Guerra del maestro Soto*, obra que en el 2012 se presentó en Pasto, en el marco de la Quinta temporada de letras y Segundo Encuentro Binacional del Libro, auspiciado por la Editorial Caza de libros en Convenio con el Taller de Escritores Awasca de la Universidad de Nariño.

Bibliografía

Academia Mayor De La Lengua Quechua (2005). *Diccionario Quechua-Español-Quechua*. Segunda Edición. Gobierno Regional del Cusco. Cusco, Perú.

Beiting, Hans (2007). *Antropología de la imagen*. Kats Editores. Traducción de Gonzalo María Vélez Espinoza. Título original: Bild-Anthropologia. Argentina.

Derridá, Jacques (1968). *La Diferencia // Différance*. Editorial Escuela de Filosofía Universidad ARCIS. Edición virtual por www.philosophia.cl. Uruguay.

Goytisolo, Juan (1979). *El lenguaje del cuerpo*. Editorial Fundamentos. Madrid, España.

Habermas, J, (1975). “Conocimiento e Interés”. En: *Revista ideas y valores*. Bogotá: Universidad Nacional. No. 42-45.1973-1975.p.61-75. Traducción de Guillermo Hoyos.

Jurado Valencia, Fabio, (2005). “La Lectura de la Imagen “Fija” y la Imagen en Movimiento como experiencia previa en el dominio de la convención escrita”. En: “Hechos y Proyecciones del Lenguaje”. Pasto: Graficolor. No 14.

Madroñero, Mario (2012). “Filosofía Mínima”. *Suplemento cultural La conjura de los necios*. Avatares (Revista Cultural/Casa editorial). Pasto, Nariño.

Madroñero Morillo, Mario (2011). “Alteridad, política y hospitalidad”. *Revista Escritos*, Vol. 19 No 43. Julio-Diciembre 2011. ISSN: 0120-1263.

Paz, Octavio (1950). “El laberinto de la soledad”. Ediciones Cuadernos Americanos, México.

Popol Vuh (2002). *Popol Vuh-Antiguas historias de los Mayas Quiches*. Editorial Lito Imperio. Bogotá D.C, Colombia.

Rodríguez, Javier (2011). *Carnaval de Negros y Blancos, Juego, Arte y Saber*. Editorial Xexus Edita. Impresión Mados Print. Pasto, Nariño.

Soto Aparicio, Fernando (2012). “La última Guerra”. Editorial Caza de Libros. Ibagué (Tolima).

XVIII

años

La poesía es un acto de fe en que la curación existe, de que si el sufrimiento se da, puede ser exorcizado.

Ricardo Yáñez

MONOLITO
MONOLITO
Poética de
Josué Mirlo

Acercamientos transtextuales a la poética de Josué Mirlo

Por Neil Mauricio Andrade

3era. vitrina

Cuando por fin la sombra
pudo
modelarme en su entraña
sólo el Silencio augusto
repicaba en mi voz...
y hacia todos los rumbos,
—como brújula insomne—
¡mi afán buscaba el sol!

Josué Mirlo, 1955.

Panóptico de lámparas oxidadas. Apenas descende la luz, el mismo ojo avanza tras cada cortina. El claustro sólo sabe caer. Correr por estos pasillos es ajustarse a la geometría de un carcelero de piedra amante, y es gatear. La arquitectura de Josué Mirlo es giratoria. Avanzar es estrellarse contra la nuca de un hombre obsceno —puede ser uno de nuestros desertores. Los paisajes son rostros del piscis de la cordura. Durante el siglo XX, los polos cartográficos de la disciplina sobre cada uno de los cuerpos —grilletes, rosarios, cinturones de castidad— ceden paso a la muchedumbre unipolar del deseo y del control impersonal, digamos fármacos, educación liberal y telecomunicaciones. La locura ha dejado de ser herejía contenida, pasa a rodear las poblaciones del Afuera, como un vagabundo o un doble residual de cada ciudadano. Celda número 24 —cito:

Los postes del teléfono que van por el camino
se dejan que los vista de púrpura el poniente,
y así, la tarde pasa triunfalmente desnuda,
en medio de dos filas de mansos Mefistófeles...

Mientras que por los flancos del monte atolondrado
trepan enloquecidas las nubes piafadoras

que ostentan con orgullo
sus pelajes manchados.

Allá, sobre los techos del caserío lejano
se mira a las estrellas
prender sus reflectores!...

A pesar de su referencia histórica, verificable, este dato pertenece a un método general... y corrupto. El tránsito que va de la cárcel, la fábrica o el manicomio hacia un espacio abierto de marionetas seductoras, mercancías resplandecientes y relojes del goce, es una falsa salida, una repetición. El circuito es diseñado por el nativo de Capulhuac. Nadie pierde la fe en la montaña azul si no ha perdido antes los lentes para verla a la distancia, asépticamente, y cuando al fin se logra domesticar su monstruosidad, la imagen que nos entrega es irreconocible. Celda número 17 –escribe Mirlo:

Embozados de luna, los flacos mimbres velan
el desnudo cadáver de la calzada blanca...
Y el río, por más que corre, no evita que los astros
que son buenos acróbatas se paren en su espalda.

Echado junto al pueblo, el monte se conforma
con mirar su joroba dibujada en el suelo
ya que no puede nunca realizar lo que anhela:
pues él de buena gana quisiera ser camello.

Mirlo hace sorna de la fantasía moderna (y modernista) de una segunda naturaleza, una metrópoli salvaje. *Manicomio de paisajes*, su poemario de 1932, plantea una distinción más aguda que la dicotomía entre ciudad y campo, apuntalada por sus contemporáneos estridentistas y futuristas. En su poética, lo majestuoso no destruye al ego para reconstruirlo en otro nivel, un nivel tecnológico en el que aquel poder habría sido interiorizado. Para Mirlo, la destrucción de la conciencia deja restos en una especie de membrana sólo accesible a las mismas palabras que, a pesar de ser serviles, pueden sabotear los instrumentos modernistas de cercanía y lejanía. Etiqueta número 23:

Y me hago remoto a próximo
a esta sed de mí mismo,
crucificada
a mi imperial silencio.

Y ante el pavor
de estar soñando inmóvil
en la cumbre,
una angustia se me abre

como una rosa enorme...
y la Esfinge que llevo:
¡da señales de hablar!

Pero lo raro es esto, que yo hubiera sentido siempre su enfermedad violenta, ¡y era que el mar estaba muriendo en mí cerebro!...

Así, en la edificación y el pacto social, los restos siempre retornan como esperpentos si uno se asoma a la celda, a la vitrina correcta. Las formas poéticas son jaulas abiertas. En este lugar, hay bellos salvajes. En su nombre también soñó Rousseau para diseñar la guillotina, que es otra vía de la repetición. Y los dioses sólo se escuchan en leyendas taciturnas y ridículas, como sólo pueden serlo en las mejores novelas, aquellas que retratan la oscuridad del humanismo. Etiqueta número 24 –escribe Mirlo:

Conociéndome
de una sensibilidad
no encadenada al mundo de las formas,
siento voluptuosidad
al conectar mis nervios con las cosas
para hacerlas vivir, al mismo tiempo,
la vibración azul de mi esperanza:
que es llegar a ser Dios!

¡Qué triunfo el mío
cuando me sienta Dios!

¡Qué embriaguez de mí mismo
cuando en su grito puro
galope el Universo
para decirme: —¡DIOS! —

Como un nuevo Quijote,
haré de Sancho Panza
al viejo Dios mediocre.

Soles lilas entonces
lunarán en mi lanza:
y en un paisaje áspero
de luces invertidas
donde relinchen mares
y selvas y montañas
como caballos jóvenes,
picotearán mis sombras
la Humanidad podrida...

Y mi Escudero Ingenuo
¡llorará su derrota!

Tres poemas de Josué Mirlo

Canción salvaje

De pie, es lo más alto
de mi corazón,
sobre mil horizontes
vencidos
se orea mi gigantesca
talla de héroe!

El dolor de los parias
de todos los países,
asesinó a mis plantas
mi paloma romántica,
y,
puso en mis labios rudos:
¡una canción salvaje!...

Una canción salvaje
que abotona de puños
los valles y las cumbres,
los océanos y pampas...

Una canción salvaje
que rueda en los alambres
del tiempo y del espacio,
llevándose prendido
en las ancas,
el odio de mi raza.

Una canción salvaje
que en voces guturales
de ira,
clama a los cuatro rumbos;
¡Juventud proletaria
de todos los países,
en marcha!. . .

Dos fragmentos

*

Yo vine del ensueño,
yo vine del ensueño!...
y sueño en el ensueño
que me nutre,
como nutre la sangre
al músculo y al nervio.

Yo no tengo temores de ir hacia el olvido,
porque el olvido mismo
es el cetáceo inmóvil
que se azula en la playa
de este mi enorme ensueño,
que se nutre,
como la sangre nutre
al músculo y al nervio!

*

De tanto buscarme en el ensueño
al fin sé lo que soy;
Unidad Cósmica
espigando
múltiplos y submúltiplos
que ávidamente
se nutren
en la Escala Infinitesimal...

Ahora me explico
por qué amargo
en cada lágrima
salobre...
y como también, al mismo tiempo
soy la dulzura
en el panal.

Ahora recuerdo
por qué grito
en cada instinto
de animal
y cómo también soy el silencio
que se acurruca en mineral.

Yo sé también
que mi latido
canta en la arena
y en el sol...

Como el diamante negro

Estoy solo en la sombra, la sombra
sin límites y espesa,
que la siento en la piel
como la viscosa caricia
de un enorme molusco.

Ni una conocida imagen
se recortó. Ni siquiera un borroso
palor de luz remota. ¡Sólo la negra
angustia de esta angustia negra sin riberas!

No veo mi pensamiento pero lo palpo
como un latido pródigo de arteria comprimido.
Yo sé que de esta noche ha de salir
mi pensamiento con luz propia, como el diamante negro.

XVIII
años

Confío más en la memoria que en los llamados soportes físicos.

Ricardo Yáñez

MONOLITO

MONOLITO

Reseña Literaria

Código 0
Mario Islasáinz

Por Diana Zamora



Cuando abrí el libro de Mario lo primero que me llamó la atención fue su índice, una larga lista de títulos que parecían formar un poema. Desde “Úrgeme saber de ti”, “Se aleja la tarde”, “Primero angustia”, “Aceras solitarias”, “Despido injustificado”, “No me fui papá”, “Nadie se asoma, la impunidad mata...” títulos que te llevan a vislumbrar lo que nos quiere contar Mario Islasáinz en esta obra. Di vuelta a la página y me atrajo el fuerte epígrafe de la escritora Rosario Castellanos utilizado por el autor:

*El hombre es animal de soledades,
ciervo con una flecha en el ijar
que huye y se desangra.*

*Ah, pero el odio, su fijeza insomne
de pupilas de vidrio; su actitud
que es a la vez reposo y amenaza.*

*El ciervo va a beber y en el agua aparece
el reflejo del tigre.*

Con sinceridad les digo que leí el libro tres veces... Su epígrafe me llevó a profundizar en las páginas de un Código donde se combinan caracteres que representan textos, aquí se combinaron versos y entre los espacios de **Código 0** quería encontrar la connotación del poeta.

Código 0 es un libro que en algunas de sus páginas logras avizorar en sus versos alineaciones de códigos binarios escondidos en los vocablos.

Cuándo abres el libro por primera vez te preguntas el porqué de los versos tan cortos, tan ahogados, pero al mismo tiempo tan ágiles, y dices de manera soberbia: “este libro lo leeré completo antes de dormir”. Pero el lenguaje que nos trasmite Mario Islasáinz en cada verso se advierte una sensación como si el poema terminara en cada línea. Pero cada línea es como un balazo, una imagen, un adjetivo o sustantivo que te atrapa.

No es un poemario ligero, es crudo, pero con palabras sencillas nos encamina al *genocidio sólo con mujeres, al abandono, a las sospechas, a los olvidos...* donde el odio emerge de manera extensa sobre páginas violentadas por el terror y *lágrimas secas*.

No es un libro de denuncia porque ese no es el quehacer del poeta; pero su obra literaria refleja los momentos aterradores de una sociedad herida y vacía como una mujer maltratada, abusada; un abuso *provocado por otros*, donde el miedo silencia hasta al más fuerte...

un miedo-temor

Código 0 te presenta en imágenes literarias la violencia de un país que huele a cadáver. La angustia de andar por los callejones sucios; el saber y vivir las desapariciones de jóvenes, los golpes de tortura, las voces amenazantes donde ni siquiera se puede *cerrar los ojos*.

Código 0 no es abrir un diario, ni un periódico; es ver más allá de la nota, es el poema sediento; es ver el color de la mujer que le han robado un beso, la inocencia, que no regresa a casa, que disfraza una felicidad dolida, acechada, ultrajada, pero que persiste y resiste *en la rueda de la vida...* con gritos *ahogados*.

El libro nos da en imágenes actos decisivos de personas que determinan tomar los caminos difíciles, donde se mezcla el crimen, el desempleo, la muerte, el dolor de perder una hija...

Con la palabra apretada, pero cansado de tener atrapada la voz, el grito, Mario nos muestra un puerto, y que puede ser cualquier puerto, cualquier ciudad de un país que “vive” al rojo vivo día con día.

Nadie se salva del círculo donde se trituran las circunstancias, los que llegan por placer a él o el que lo hace sin voluntad.

Los cuerpos famélicos es el paisaje cotidiano, es una historia codificada para ser leída una y otra vez, porque el cuerpo de la protagonista principal ha sido mancillado, pero lo que más angustia es que *aniquila desconocer qué hubo antes de este cataclismo...*

Resuenan... retumban las calles, las casas, la localidad entera, el libro provoca un correr por la vida, -es imposible cerrar los ojos en una playa que se viste de terror.

El poema “No me fui papá”, agrade, pero agrade lo más profundo de la inocencia, es ver una escena y al mismo tiempo escuchar en la radio el comentario estadístico cotidiano: “Las estrategias de seguridad en el estado se aplican y están funcionando”. “No me fui papá” es un poema crudo pero real. Sigues la lectura y como sucediera en cualquier historia imaginaria deseas que tenga un final feliz; pero no es una historia, no es imaginaria y no tiene final feliz, porque los círculos no tienen final...

El autor juega con las palabras, las representa y te da en una lista un contexto, y en un acordeón te arroja las letras; te lanza términos, versos cortos pero de largo aliento. No hay palabra “linda” diría Mafalda, cuando *la impunidad mata*.

Los invito a leer *Código 0* las sensaciones que percibiremos quizá no sea lo que queremos escuchar y sentir. Pero el oficio del escritor “no es aplaudir”, “ni dar soluciones”, sólo presenta su visión, su registro en letra; si tuviera una cámara nos entregaría una serie fotográfica.

XVIII

años

Mi primer contacto con el poema (la forma poema, no la poesía) fue en una revista, *La Familia*, que publicó (tenía yo menos de cinco años) un acróstico sobre la Adelita. Me puse a jugar con él, cambiando los versos pero manteniendo, claro, las iniciales.

Ricardo Yáñez

La posibilidad de la tristeza

Por Estephani Granda Lamadrid

En el “país de las letras” —hecho mayormente para los hombres—, hablar la poesía femenina en nuestros días es imposible sin citar la obra de Adriana Tafoya. No sólo por la calidad con la que ha caracterizado a su poesía desde su primer libro *Animales Seniles*, sino, también por la forma de abordar las temáticas que siempre habían estado vedadas para el género femenino, y no sólo eso, sino que va un paso más allá para hacer extensiva una propuesta para los personajes femeninos.

Tafoya nos coloca en escenarios reales, en los que fácilmente nos podemos identificar, personajes de carne y hueso, espacios que se pueden adaptar a la realidad de sus lectores. Aún así, podemos afirmar que su propuesta va ligada a una perspectiva de género, sin caer en el radicalismo del tema, pero vemos una valorización de las “posibilidades”, una obra que se abre ante nosotros para mostrar que las relaciones tanto personaje-poema, como poema-lector pueden ser de otro modo. Así, y en el caso específico del libro *Los rituales de la tristeza*, que sale bajo el sello de Rojo Siena, se encuentran reunidos un grupo de poemas que sin duda son de un tono distinto a los que nos tenía acostumbrados en otros libros *El matamoscas de Lesbia y otros poemas maliciosos*, donde predominaba el tono más bien sarcástico y ácido; y en esta ocasión los poemas que aparecen son de corte “reflexivo”, sin que por ello pierdan fuerza o dejen de tener ser poseedores de conocimiento.

En este sentido, debemos acotar que el poema, como queda claro en el trabajo de la poeta que hoy presentamos, hace del texto un ejercicio para el intelecto, llevando a otro plano la lectura de este libro que en un principio pudiera parecer inocente, sin dejar de lado la belleza y musicalidad que se encuentran en todos sus libros. Musicalidad y ritmo que, como advierte Miguel Ángel Córdova en el epílogo del libro, es muy evidente en la voz de Adriana Tafoya. Podemos reconocer su obra en la recurrencia de conceptos y palabras que se encuentran presentes en su ya consolidada obra. De la misma forma es muy probable que en este mismo momento se

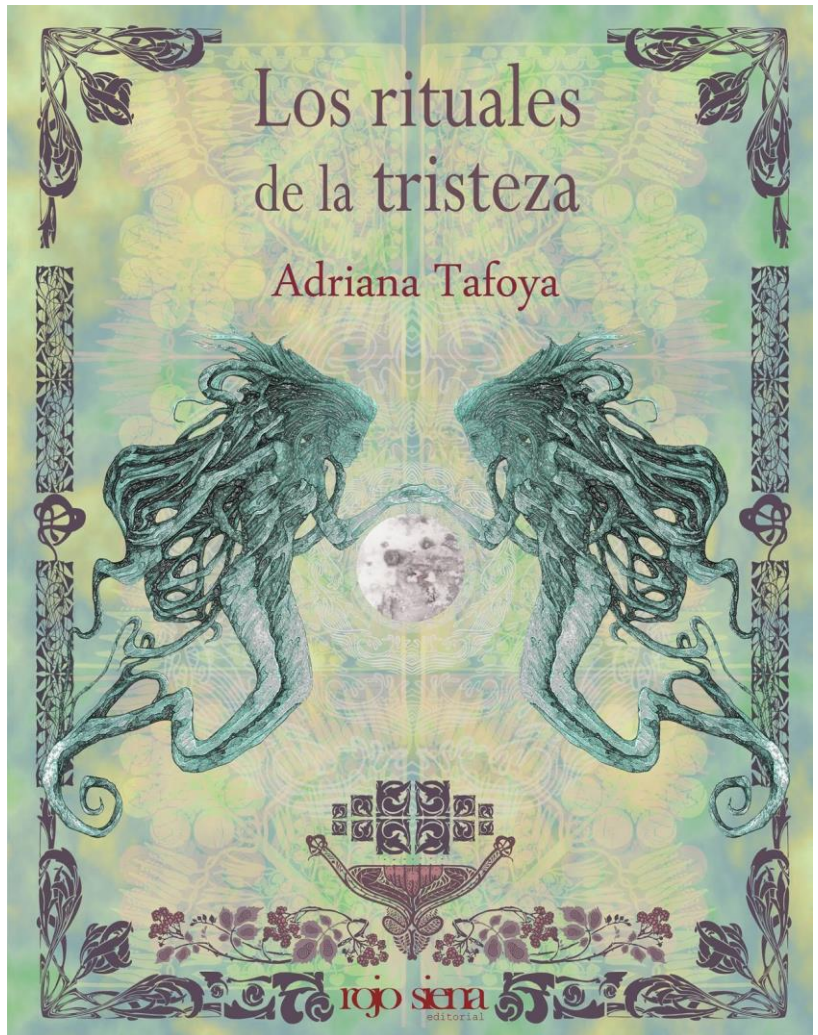
encuentren varios poetas influidos por esta musicalidad y propuesta estética, un cambio de temas y tratamiento en sus contemporáneos, que abriría el espacio para una nueva época de reivindicación de la figura femenina y una nueva postura para la masculina.

Regresando al libro en su conjunto, parece ser un estimulante sobre el mundo personal de cada uno de sus lectores, es por ello que nosotros, los lectores siempre encontramos cierta consonancia con su voz, es por ello que en este libro vamos a cobijarnos momentáneamente en las posibilidades de cambiar de piel, ser por un rato la madre natura, el hijo que lastima a la hermana, la mujer bajo el agua o Mariana tentada por la verdadera belleza. Podríamos hablar largo y tendido sobre cada uno de los poemas y su particular universo, sin embargo, preferiremos comentar sobre algunos.

Sin duda alguna, todos tenemos estos rituales de la tristeza, y comprenderemos en algún momento que la tristeza vale en el preciso momento en que tomamos este tiempo luego de la catástrofe, para reflexionar y cambiar. Sin

dejarnos llevar por el facilismo de lo esotérico, entenderemos aquí a los *rituales* como situaciones que llevan a un grupo de personas a establecer relaciones y lazos, digamos, más emocionales. Todas las personas llevan a su manera estos rituales, por ahora baste citar a dos de ellos: los rituales de la alegría, que tienen que ver con los nacimientos, los cumpleaños, por ejemplo; y su opuesto al que llamaremos de tristeza, que pueden englobar acontecimientos como el duelo y las despedidas, por lo que normalmente asociamos lo triste con incomodidad y un mal-estar, por ello también el prejuicio sobre este estado por demás meditabundo.

Hablemos entonces sobre los rituales de tristeza. De la tristeza poco hay que decir pues nos encontramos con una de las emociones básicas, aprendidas del ser humano, junto con el miedo, la ira, el asco, la alegría y la sorpresa, pero emoción necesaria y valiosa. Cuál es la importancia de la tristeza. La tristeza viene luego de la frustración,



del dolor, del cansancio, como en el caso de la pérdida: una pareja, en el caso de la muerte de familiar o sentirse solo.

Dice la poeta, sobre la muerte: “Quién sabe cuánto pueda llorar un padre / la muerte de su hijo/ en la oscura llamada de una noche”. Con respecto a la idealización de una pareja, en el poema *Rito de un amor poco inteligente* escribe: “No sabía quién era (...) / Ni cómo besa, ni cómo sentiría yo sus manos/ sobre mis piernas al amparo de la falda”. La tristeza aparece en oposición al miedo y a la euforia, en oposición a la acción del instinto, para volverse una herramienta para la introspección, quizá ahí en “donde se realiza el acto de la esencia”.

Las posibilidades de otra identidad femenina

La formación de una identidad femenina, como acota la poeta Hortensia Carrasco también en el epílogo, es una de las aportaciones de Tafoya dentro del escenario de la poesía, específicamente de la femenina. En la larga tradición poética, lo que ha predominado incluso hasta nuestros días es el papel de la mujer como un ser pasivo; por un lado el espacio para que las poetisas, en su calidad de escritoras, siempre ha estado supeditado a una figura masculina (recordemos que incluso nuestra ilustre Sor Juana tuvo que disfrazarse de hombre para acceder al conocimiento), hasta la última parte del siglo XX donde apenas figuran algunas cuantas escritoras y poetisas más o menos identificadas; por otro lado, en cuanto a la figura femenina como personaje dentro de la literatura ha figurado mayormente como un objeto, una musa simplemente, causante de grandes males desde la *Ilíada*, un ente sin capacidad de decisión arrastrada salvajemente por el destino a manos de entes masculinos, ya sean maridos, hijos o dioses.

En este sentido, la poesía femenina se encuentra frente a una pared. Hace falta un proceso de reconocimiento y de estudio sobre la poesía escrita en el territorio mexicano para conocer la realidad a la que nos enfrentamos día a día, y cómo es que, en la medida en que estos papeles estereotipados, más en el caso de la mujer, sean cambiados dentro de la literatura, también logre un efecto hacia la realidad, es decir, de la palabra al papel, y del papel hacia un cambio en las relaciones mujer-hombre.

Entonces, frente a esta madeja perfecta donde se asume que las mujeres escritoras deben de tratar temas como la maternidad, el amor, las escenas de felicidad y en un caso aparentemente arriesgado el tema de la sexualidad malentendida como erotismo, la poeta Adriana Tafoya ha sido una pionera, hablando siempre de temas que normalmente llegan a incomodar, que no por ello dejan de estar presentes, como el caso del erotismo en la ancianidad, tal y como aparece en el poema *Viejos rituales para amar a un anciano*. “De forma distinta, están acomodados los viejos. / Su sabor es dulce y fuerte como los higos / y otras frutas secas”.

Uno de los poemas fundamentales de este poemario es el titulado “Cantos de la ternura”, compuesto en diez partes, en donde se trata el tema de la maternidad, y aunque en primera instancia el texto nos remite a una madre oscura, en una lectura más cuidadosa y sin el velo de los estereotipos, podemos observar la presencia de la madre naturaleza, y la ternura aparece como parte amor filial, en donde, al igual que en la eutanasia, la muerte en cierto sentido es por amor, aunque signifique destrucción y fin, ya lo advierte Adriana con el epígrafe de Balzac; "El amor odia todo lo que no es amor". El hombre sobre la naturaleza, el hombre sobre la mujer, el poder del cuerpo transfigurado en animal salvaje como un tigre. Olvidamos por completo en la fuerza de la naturaleza, que es creadora como todo lo femenino: “No consideré que mataras mujeres, / no anticipé que sangrarías a tu hermana / Nunca medí que tomaras / al mundo al universo / como propiedad/ De haberlo sabido /por compasión, tiernamente/ te hubiera arrancado / con un cuchillo / de mis entrañas”.

¿Por qué no deshacernos del dolor, o más bien, de lo que causa ese dolor? El dolor siempre significa que algo no está bien en relación a nuestro cuerpo. “Ni te amo hijo ni te odio, /esto lo hago indiferente /y morirás antes que la flor / termine de brotar”. Así pues, no hace falta mencionar la infinidad de veces en que la Naturaleza “reclama violentamente” a nuestros ojos, su piel: las inundaciones, incendios, los tornados y todas las catástrofes naturales no son otra cosa que el retorno al equilibrio, indiferente ella, Madre Naturaleza lo hace igual para todos sus hijos.

Finalmente, para terminar con este breve panorama sobre *Los rituales de la tristeza*, la propuesta de Tafoya, como he venido mencionando, es la de la oportunidad para los personajes (y lectores) de adoptar otras posibilidades para existir. Ya sea el papel de la madre ya no como un objeto de expiación y culpa, sino el de una creadora con la capacidad también de destruir; o el caso de la búsqueda de la belleza, la verdadera, que tiene que ver más con la formación intelectual, “la que destroza mitos, la que aplasta deidades” que básicamente limitan las posibilidades y la elección. Así pues, convido a todos los presentes a correr el riesgo de entristecerse un momento con esta poética, que encapsulada en esta bella edición, se nos regala como fruto rojo prohibido del conocimiento, dispuesto a ser mordido.

XVIII

años

Nadie me ha preguntado nunca si soy contracultural, pero si alguien lo hiciera tendría que responderle que como vengo de un mundo con una cultura de la pobreza –así le llamó el antropólogo Oscar Lewis– lo que busco es tener una cultura-cultura, y (por inasequible que en verdad me sea) no más.

Ricardo Yáñez

El Café Córdoba

Por Abraham García Alvarado

El Café Córdoba está en la calle Serapio Rendón casi con la esquina de San Cosme en la colonia San Rafael, dentro de la delegación Cuauhtémoc; Ciudad de México. Al frente se encuentra la abandonada fachada del antiguo Cine Ópera y a unos pasos el teatro Manolo Fábregas. Con esta cercanía a puntos estratégicos y enigmáticos de la ciudad, mis recuerdos y anécdotas en esa calle forman una valiosa parte de mis recursos como escritor.

—Yo lo veo de esta forma:

Hace casi dieciocho años cuando leí una de las biografías del Che me enteré que por esas calles de la Ciudad de México el fotógrafo pobre y doctor con poco futuro conoció su destino en un café en la zona de la calle Puente de Alvarado. Las innumerables versiones de cómo el Che conoció a los cubanos exiliados en el México cincuentero ya no era lo que me llamaba la atención, sino las variadas citas bohemias que se narran en distintos cafés chinos de la zona. ¿Sería que el Che y Fidel alguna vez estuvieron en el Café Córdoba?

También fue culpa de Roberto Bolaño, el día que abrí las primeras páginas de *Amuleto* y Auxilio Lacouture me contó sobre sus aventuras en esa ciudad negra donde el llanto es neblina, y el escape son los cafés chinos. Lo mismo pasa en los *Detectives Salvajes*, varias versiones de sus personajes tuvieron sus andadas en esos lugares llenos de un magnetismo fervoroso y un olor a pan horneado, tortas de jamón, enchiladas verdes, milanesas con papas y bísquets untados de natas; acompañado de un café americano para la conversación. Así se planea un futuro literario y las revoluciones eternas, los símbolos se convierten en esferas decoradas con dragones y Confucio, y de budas gordos rodeados de niños. Yo...yo también comencé en un café chino, el de mi bisabuelo.

Fue en ese Café Córdoba donde mis primeros años de vida recolectaron todo tipo de enseñanzas y modificaciones literarias. En ese café era imposible no coleccionar escenas que me servirían hoy en día para escribir. Ese café fue el escenario donde mi bisabuela, mi bisabuelo y mi abuelo planearon durante todo un día de caos cómo sacar con vida a mi abuela y sus seis hijos de Tlatelolco la noche del 2 de octubre de 1968. En ese café cuando di mis primeros pasos las manos del que yo conocía como el Ñoño me tocaron para ayudarme a seguir. Cuando sentí esa mano pesada y extraña, al levantar la cara y ver frente a mí no sólo al colosal Édgar Vivar sino también al mismísimo Profesor Jirafales, solté un llanto inaguantable y no fue de emoción, fue el hecho de ver dos fotografías vivas. El Café Córdoba también aguantó los golpes del terremoto de 1985 y quedó intacto. Ese café chino fue el único testigo de las treinta y tres veces seguidas que vi *Batman* de Tim Burton en el cine Ópera, en sus años de decadencia, antes de que el TRI, El Haragán y Cía. lo tomaran de escenario para sus conciertos. Incluso Mercyful Fate llegó a tocar ahí.

La música y no sólo la de la consola flotaba en el ambiente del Córdoba. Era cultural y tradición que músicos callejeros andando por la ciudad a la hora de la comida y la cena pasaran por el inmueble y le pidieran permiso a mi bisabuela para que les dejara entonar una o dos canciones y hacerse de unas monedas. Mi abuelo me había entrenado para aprenderme los nombres de los más famosos: El Cantarrecio, El Mariachi Cojo, El Sullivan, El Soldado, El Buki y El Roberto Charly. Sin duda fue un deleite ver a todos cantar con esa pasión y seriedad, El Soldado era el único que sonreía y al despedirse y dar las gracias hacía una exagerada genuflexión ante la mirada fulminante de mi bisabuela. Uno de los personajes que jamás olvidaré y que más miedo me daban era el Chaparrón Buenaparte, un voceador de periódicos jorobado, bigote partido a la mitad, dentadura podrida con los pocos dientes más grandes que los de un caballo y su uniforme azul marino sostenido por un cinturón de campeonato boxístico. Siempre desde afuera miraba la vitrina y con onomatopeyas y gestos le pedía pan a mi bisabuela. Ella no le daba nada por supuesto, pero el tipo no se iba, se quedaba ahí durante largos minutos y yo con ese morbo inevitable de querer verlo. Sentado en la barra, muerto de miedo, trataba de olvidar lo que afuera pasaba para observar las quince mesas ocupadas y la barra llena en una noche. En sí, todas las noches el café se llenaba.

— ¿Qué pasó después?

Así como el cine Ópera se derrumbó en el olvido, con la tecnología y su avance sin parar, la llegada del Nintendo y los CDs, la fayuca de la avenida San Cosme se expandió y esa parte de la ciudad se iluminó más. De esas calles llenas de un neo folclore nació la novela *El árbol en mi pecho*, de mi puño y tinta. Un secreto intuido por algunos conocidos pero que hasta ahora confieso abiertamente. Ese progreso avanzó dejándolo todo atrás. Lo arrastró lo

más que pudo pero fue imposible llevar el paso. Mi bisabuela murió en 1990 y se llevó con ella toda la suerte que el Café Restaurante Córdoba poseía. El inmueble se inundó de soledad y en las paredes se impregnaron las memorias. La consola comenzó a tocar por sí sola y cuando quería, los niños desaparecimos y el Chino, mi bisabuelo, se quedó solo y enmarcado en una fotografía plasmada en la vitrina del pan, un pan que con el tiempo también sabía a olvido. La foto de mi abuelito Luis, como le decíamos, cautivó la mirada del director de cine Arturo Ripstein, que con su magia y talento la llevó a la pantalla grande con la película *Sin remitente* en 1995, filmada meses antes de la muerte de mi bisabuelo. En la escena, el protagonista interpretado por Fernando Torre Lapham, usa el café como un refugio a su soledad, y un lugar donde pide unas succulentas enfrijoladas. Sin duda Ripstein conocía muy bien el lugar, ya que no hizo omisión de imágenes de vasos con café con leche, charolas de pan chino y las porcelanas decorativas.

Ahora el lugar lucha por sobrevivir, mis parientes y algunos extraños se creen los dueños, quizá lo son. Pero los verdaderos dueños de ese lugar somos los que nos llevamos el sabor del café con leche en el paladar, los que aún mantenemos las moronas de los mantecados esparcidas sobre la ropa y la crema de los chuys untada en las comisuras de la boca. Somos los dueños los que recordamos las canciones y las caras, el vapor de las jarras y las grandes letras que anuncian el W.C. Yo sin duda, al saber que le hago honor a ese hermoso lugar, que ahora está encerrado en un contorno muy lejos de la belleza estructural moderna, me siento dueño por ser alguien que imagina su historia, cuando me vagan los pensamientos y me atrevo a violar las leyes de las versiones y me pregunto si Bolaño estuvo ahí, o si al menos pasó algún día por ahí. O que si cuando Fidel y el Che estuvieron encarcelados en esa celda de inmigración, a tan solo unas cuerdas de ahí, al tocar la libertad pasaron y se tomaron un café americano. El último de sus días en México. Nunca lo sabré, pero me complace adaptarlo a mis relatos. El sabor del café chino y la estructura del inmueble, su nombre y las fotografías de mis tíos y tías me llevarán a la eternidad arrastrado por el progreso de la vida. Eso sí, acompañado de un café con leche.

XVIII

años

Soy gente de barrio, en la infancia más o menos aislado del mismo, pero en la juventud inmerso en él, barrio bastante bajo (no es ofensa, es descripción), donde en cuatro manzanas, bastante grandes, sólo mi hermano y yo y dos muchachas, por cierto hijas de nuestro profesor de inglés, estudiaban la secundaria.

Ricardo Yáñez

Richard

Por Reyna Hernández Haro

Aquella fría mañana de domingo, cuando aún no se desperezaban los departamentos de las inmediaciones zapopanas y el olor a menudo brotaba de las esquinas, los ojos amarillos de Richard (porque así decidimos llamarlo) lloraban desconsolados. Observaba sus extremidades rígidas como el tronco del árbol al que se había aferrado. En la soledad y silencio de esa calle, no había alguien para auxiliarlo. ¿Has mirado el rostro de un gato cuando llora? Su cuello era la única parte del cuerpo que le obedecía. Trató de acercarse a un hogar, de levantar su adolorida corporeidad por un momento. No tuvo éxito.

El sol comenzaba a clarear el día. La gente salía de sus casas para realizar las labores cotidianas; pero se domingo de febrero, justo ese, no me era del todo usual. Me había levantado antes de las 8:00 de la mañana y sucede que siempre el organismo reclama alimento con la precisión de un reloj suizo. La idea de consentir a mi esposo con algo succulento me sedujo y a él, a grado tal que dio un brinco repentino, casi caricaturesco.

En ningún momento hubiéramos considerado lo que un respiro podría desencadenar. Mucho menos cuando meses atrás, precisamente la ausencia de él nos había apartado de nuestra pequeñita. Quizá fue ello, esa muerte la teníamos tan presente que no habíamos podido sobreponernos del todo. Aún el espíritu en casa era denso, las risas se habían agotado y, pese al reciente ingreso de una integrante más en la familia, el ánimo sólo bordeaba la frontera de lo pleno. Tampoco Richard, intuyo, ha conjeturado algo. Aún mantengo la duda ¿en realidad lo deseó o sólo fue el impulso de vida que lo orilló a quedarse?

Cuando mi esposo y yo regresábamos a casa. Richard, desde ese ese lugar inmóvil suspiró tan débil casi imperceptible que no me percaté de ello. El suspiro es un grito silenciado que se degrada con la fuerza del aire. La primera impresión que me dio al verlo ahí postrado fue envenenamiento. La historia de Richard sería diferente si mi esposo se hubiera quedado con esa hipótesis. No, él no lo dejaría ahí, como cualquier cosa de la cual podría

huir. Richard y mi esposo estaban ahí, ninguno podría ignorar al otro. No podíamos dejarlo solo, aún fueran sus últimas horas. El dilema ético emergía cual monstruo increpándonos ¿qué hacer entonces? Rápido, la jaula para transportarlo; rápido, hay que mirar la forma como introducirlo a ella; rápido, hay que encontrar un veterinario que le atienda ¿En domingo? ¿A las 9:00 de la mañana? Imposible, aunque no había espacio ni tiempo para tomarla en consideración. Cuando deseamos en verdad hacer las cosas no existe esa palabra, se elimina, se le mira como gota de mostaza en la camisa blanca: lavable.

Descartamos que fuera veneno, que sus órganos internos se encontraran dañados y emprendimos la ruta del diagnóstico. Se encontraba golpeado, con el rostro raspado, sucio... Nos indicaron que fue atropellado, lo cual aligeraba nuestra angustia. La pregunta recurrente: ¿se quedarán con él? Por supuesto. ¿Cómo ignorarlo? ¿Es posible la idea de no atenderle? A diario se leen noticias donde los animales son tratados como objetos, sin sentimientos, sin voluntad, sin la cualidad de “ser vivo”. En un mundo tan deshumanizado como el que vivimos, una mascota nos puede rescatar de la automatización. Ver a Richard en ese estado nos hizo pensar en aquellos menos afortunados, los que sirvieron para juego de los humanos. Recordábamos las noticias aparecidas en diversos medios.

El pronóstico fue reservado. Nos entregaron un tratamiento por diez días, al final de ellos nosotros decidiríamos -con base en su avance- el destino. Vaya responsabilidad. Nadie te prepara para ello. Aun cuando el final está determinado, nadie te acompaña. Seguimos las indicaciones, nos turnábamos para cuidarlo, darle de comer y arroparlo. Los maullidos desesperados, no distinguíamos si de dolor o de comunicación, nos alertaban. Su rostro continuaba hinchado. Lo pronosticado para suceder en ocho días sucedió en cuatro. Richard se aferraba a la vida con sus roídas garras.

Los avances en su salud comenzaron a sorprendernos. Por momentos podía sentarse adecuadamente, por otros levantarse y dar algunos pasos. Transcurrieron algunos días más. Cuando se mantuvo de pie y caminó hasta donde nos encontrábamos fue algo grandioso; aunque se resbalara por ocasiones. En cada acto (sostener su cabeza, pararse, dar un paso, subirse a las piernas, comer por sí mismo) comprendíamos que Richard no quitaba el dedo del renglón: deseaba vivir. Le repetíamos esta consigna: “te encuentras aquí para tu recuperación, cuando te sientas mejor, si lo deseas, puedes irte”.

Se recuperaba a pasos agigantados. Una semana más y devoraba la comida. Lo dejamos socializar con nuestras gatitas y, como cualquier felino, empezaron las rivalidades. Ellas sentían invasión en su territorio. Pese a que él no podía correr como lo deseaba, en su mente, quizá, sucedía todo. Después de tres semanas, cuando lo vimos fuerte de sus patitas, abrimos la puerta y él dio un paso atrás. Nos miró a los ojos con ese color miel empañado. Se dio la vuelta y se acostó en el sillón. Richard, en sin decir nada nos había adoptado como familia.

Obra plástica
Pilar Hinojosa



Hacer lo que quiero hacer

Acrílico sobre lienzo

100 x 120 cm

Maureen

Por Adriana González Mateos

Maureen traía la cabeza envuelta en una mascada verde que la resguardaba del viento y acentuaba el aire luctuoso de su figura, como si la tela enrollada en torno a su cabeza la hiciera parecer más encorvada, incapaz de sacudir la pena. No era raro que nos encontráramos en el pasillo, en el elevador o en la estación del *subway*, porque una de las clases que yo daba coincidía con la hora de su terapia. Nos habíamos acostumbrado a saludarnos, a sonreír, a sentarnos juntas cuando se podía. Así me fue contando, de la manera apresurada y fragmentaria que es posible entre vecinas que coinciden en un tren, los episodios de la infancia de su hijo, cuando lo trajo de Puerto Rico, donde vivió con su primer esposo, y lo ayudó a adaptarse a vivir con su nuevo marido, un judío de Brooklyn que ahora resultaba no ser el padre de Pete Vega. Yo conocía muy bien al marido de Maureen; había sido un gordo fumador y beisbolero antes de que el 11 de septiembre lo arrinconara en un silencio huraño.

La voz de mi vecina se quebraba con frecuencia y fui aprendiendo a escucharla con la atención precisa para que pudiera seguir y no se ahogara en lágrimas. Estaba yendo al psicólogo para no sucumbir a la depresión causada por la muerte de Pete, que al crecer se convirtió en bombero y ese día quedó atrapado en las Torres Gemelas. Cada vez que nos encontrábamos yo tenía ganas de retroceder. Hacía un esfuerzo para saludarla y empezar a hablar con ella. No podía verla sin recordar los días posteriores al ataque a las torres, cuando todos en el edificio sabíamos que Pete Vega no había regresado, pero aún no nos atrevíamos a dar el pésame a sus padres para no destruir la esperanza de que apareciera aún, quizá herido y seguramente en estado de *shock*, pero vivo. Yo lavaba los platos imaginando a la madre inmóvil junto al teléfono. El aviso para pedir cualquier informe sobre Pete, colocado en el *bulletin board*, junto al elevador, se llenó de flores y de listones tricolores. Mi vecino fue uno de los héroes del 11 de septiembre.

La ciudad estaba paralizada. No había nadie en los restaurantes normalmente atestados, la gente sonámbula dejaba de hablar cuando el *subway* salía del subterráneo para recorrer ese trecho de Brooklyn desde donde se ve la Estatua de la Libertad, pero ya nunca más las Torres Gemelas. Sonámbulos: todos mirando el mismo hueco, incapaces de despertar. O esas estaciones del sur de Manhattan donde ya no se paraba el tren pero se sentía tanta pena al pasar entre los andenes vacíos, si es que así es como se dice en español la contrita y cabizbaja palabra *sorrow*, la sensación de avanzar bajo tierra y entre tantos muertos.

Con las semanas recuperamos la capacidad de funcionar, pero se me hizo más difícil vivir en Nueva York, hablar con la gente apasionada por la necesidad de la guerra contra Afganistán. Veía las casas llenarse de banderas y lemas patrióticos y trataba de entender qué era ese país, que a tanta muerte respondía vociferando por más muerte.

Esa mañana aún hacía frío. Estábamos empezando una primavera cuyos colores anárquicos parecían fuera de lugar ante la unanimidad tricolor. Saludé de lejos a Maureen, pues el tren venía muy lleno y no pudimos sentarnos juntas. Ya cuando llegué al Village la había olvidado; apenas tenía tiempo de llegar a la universidad, dar mi clase, atender a mis alumnos, entrar a la rutina de todos los miércoles en la mañana. Cuando por fin me senté en la banca de la estación del *subway* para tomar el tren de regreso estaba cansada y agradecí esos pocos minutos de calma. Me puse a mirar la pared, acostumbrada a dejar que los *grafittis* y los anuncios me ayudaran a vaciarme, a disfrutar la sensación de no hacer nada.

Habían pintado las paredes y había unos anuncios advirtiéndome que la pintura estaba fresca. Pero no. No decían WET PAINT, sino WANT PEACE. Con la misma letra, el mismo color neutro pero WANT PEACE. Me parecieron un abrazo, un saludo inesperado. En la ciudad ahogada de banderas y lemas patrióticos había otros como yo.

Una mujer furibunda bajó las escaleras y empezó a arrancar los carteles. Reconocí a Maureen.

Saqué los carteles del bote de basura y volví a pegarlos en la pared, sólo para verla enfurecerse todavía más y romperlos en pedazos antes de encaminarse hacia mí desbordada por un justo aborrecimiento, como si yo hubiera precipitado a Pete por la escalera en llamas. Esa mañana yo había visto en el noticiero a los ancianos que huían a pie entre las minas de Afganistán, a los niños que tomaban una sopa en el campo de refugiados.

Esos árabes nos odian, me dijo. Mis seres queridos, mi marido que siempre ha sido tan simpático podría ser la próxima víctima si no nos defendíamos. Me oí decirle que si seguía deseando la guerra quizá le tocaría morir primero, y la llegada del tren no nos dejó seguir gritando.

El regreso a Brooklyn fue más silencioso. Nuestra principal preocupación fue calcular la manera de salir del *subway* sin enfrentarnos, tal como evitamos que nuestras miradas se cruzaran dentro del vagón y seguimos evadiendo los encuentros en los meses siguientes, en esa estación tan afortunadamente enorme. Sólo puedo decir que no me despedí de ella cuando me fui de Nueva York. Tampoco creo que le hiciera mucho provecho leer estos apuntes.

Obra plástica
Pilar Hinojosa



Ahora soy feliz
Acrílico sobre lienzo
100 x 120 cm

Otro martes

Por Miguel Ángel Araujo Cortés

Era la tercera vez que Héctor se masturbaba aquel martes de febrero, desnudo frente a su computadora portátil (nunca transportada fuera de su hogar), perdido en las figuras deformes y grotescas de cuerpos retorcidos en movimientos que en nada se semejan al acto sexual que los mamíferos ejercen impulsados por el instinto y otras pasiones ocultas, más oscuras que la habitación donde Héctor miraba atónito la pantalla, con su sexo atrapado en una mano torpe, fría, pegajosa. Se dirigió al baño para asearse, cubrió la mitad de su cuerpo con un pantalón, husmeó luego en la nevera en busca de algo comestible, que le arrebatara la fatiga, que lo alejara del cansancio por la vida.

Un concierto de palos, piedras y gritos tuvo lugar fuera de su casa, Héctor miró por la ventana. Reconoció entonces a los estudiantes que lideraban el movimiento revolucionario que se originó tras la desaparición, a principios de ese año, de 17 jóvenes que protestaban por el caso de los 30 universitarios asesinados a finales del año pasado que se manifestaban contra la violencia ejercida sobre un grupo de adolescentes que, en septiembre del año anterior, había organizado una marcha para exigir respuestas a las autoridades por sus compañeros llevados a prisión de manera injusta, acusados de delitos que no habían sido esclarecidos pero que tenían algo que ver con la desaparición de una docena de estudiantes. Héctor recordó al ver sus rostros coléricos, que el grupo había amenazado, semanas atrás, con tomar la plaza central aquella tarde. Algunos rumores fueron reproducidos en los diarios locales, aseguraban que estaba todo listo para un golpe de estado. Los estudiantes habían emitido un comunicado por diferentes plataformas de internet, en el que solicitaban la presencia y el apoyo de todos los ciudadanos.

Era el día planeado y la hora acordada había quedado atrás hace 72 minutos. Héctor encendió el televisor, la selección mexicana de fútbol ganaba, dos goles contra cero, a los 69 minutos de juego, a la selección juvenil de Holanda, que se preparaba para su debut en las eliminatorias de la Eurocopa-Sub 21. Afuera, el grupo de

estudiantes, conformado apenas por un par de decenas, se movilizaba, armados con más imprudencia que valor, algunos con piedras, otros con pancartas, un par con cámaras de vídeo.

Héctor observó, aún por su ventana, la marcha del grupo hasta verlo perderse en una esquina. Sintió que en sus manos despertaba otra vez esa fuerza oscura, sus músculos se tensaron, en sus ojos había rabia. Se imaginó a sí mismo armado con un martillo contra una barrera de policías armados con pistolas Smith&Wasson 9mm, escuchó, en la escena de su imaginación, el disparo de una de estas armas, y presencié, aún en su fantasía, su cuerpo tendido en el suelo, aferrado a un inútil martillo bañado en su sangre. El escenario se disipó en su mente. Sintió su sexo excitado martillar contra la cremallera de su pantalón. Sus manos empezaron ansiosas a masturbar sus genitales, con la misma ansiedad su imaginación recreó el escenario de combate. Vio a los estudiantes sometidos a fuerza de golpes, patadas y disparos a quemarropa. Imaginaba el dolor, la desesperación y escuchaba los gritos de terror de la justicia al ahogarse en un viscoso mar de sangre, lágrimas y sudor. Su mano frotaba con rabia su sexo. Sintió una explosión en su cuerpo justo cuando el grito de “gol” estalló en las gargantas de todos sus vecinos. El tercer gol a favor del equipo mexicano había caído sobre el final del partido.

A la mañana siguiente Héctor estaba frente a su computadora portátil, navegaba en internet, en la sección de noticias apareció una imagen del director técnico de la selección mexicana de fútbol con una amplia sonrisa en su rostro, el equipo había logrado concretar de forma contundente su victoria y todo indicaba que las cosas saldrían mejor en el próximo torneo. 15 jóvenes habían sido detenidos en la capital por provocar alboroto en la plaza central. Con seguridad al día siguiente alguien preguntaría por el resto de los estudiantes involucrados. Héctor estaba seguro de que así sería. Apagó las luces, se desprendió de su indumentaria, su mano descendió hasta su entrepierna.

Obra plástica
Pilar Hinojosa



Sueño Posible
Acrílico sobre lienzo
100 x 120 cm

Así lo escuché en la radio

Por Iván Medina Castro

A H.G. Wells

Llegará un día en que un hombre te hablará
a miles de kilómetros de distancia, y tú
tranquilamente le podrás escuchar donde
estés, mas no le podrás ver por estar tan lejos.

Quinta profecía maya

La emoción de saberse poseedores de un aparato, capaz de emitir toda clase de expresiones humanas provenientes de ondas electromagnéticas imperceptibles para el ojo humano, tenía al pueblo entero completamente en vilo, contrariando hasta las prédicas inquisitorias del obispo ante la llegada inminente del primer radio a San Juan de los Patos. Incluso, tanta fue la conmoción producida por el arribo de la caja receptora en el ayuntamiento un Sábado de Gloria, que las oxidadas y singulares esquilas del campanario repiquetearon por vez primera después de décadas de mutismo. La concurrencia, aglomerada en los grandes ventanales del edificio gubernamental, decidió festejar el rompimiento de la monotonía prometida por esa maravillosa adquisición. Encendieron *cuetones* e improvisaron una comilona semejante a la organizada en la boda del presidente municipal con la niña Eduviges. Después del jolgorio, los moradores expectantes siguieron con asombro la nítida e intensa voz del locutor, provocando en algunos escépticos parroquianos la creencia de que alguna persona estaría dentro del arca, obligando a muchos de ellos a asomarse alrededor del artefacto para encontrar la pieza que los desmintiera, y los santurrones, asustados, juraron la procedencia de aquellos clamores como parte de una invocación a los santos difuntos.

Al *destinte* del día, se organizó entre la multitud una subasta para turnarse las horas de guardia, y así, poder atender durante toda la noche la transmisión. De esa manera, se informaría a los demás sobre algún acontecimiento

de relevancia. Para las doce horas, el turno le tocó al lerdo del boticario, quien con gran susto oyó claramente el anuncio de un inminente ataque por seres extraterrestres contra el género humano. El joven testigo, de prisa hizo sonar las campanas de la iglesia para convocar a la comunidad en la plaza central. Los asistentes alarmados, en espera de una importante noticia, dejaron narrar sin interrupción lo escuchado por el excitado mancebo, quien concluyó enfático: “el periodista radiofónico, recomendó mantenernos en un sólo grupo y permanecer escondidos dentro de una sólida construcción para dado el momento de la aparición de los marcianos, sorprenderles con lo primero que hallemos en nuestro entorno”.

Ante la conmoción de la gente, algunos incrédulos quisieron protestar y desmentir tales sandeces, sin embargo, tras escuchar la opinión de varias personas que secundaron al farmaceuta, manifestando avistamientos de platillos voladores, la idea del ridículo los hizo mejor guardar silencio.

A la mañana siguiente, ávidos consejeros de campaña política del partido minoritario, en busca de potenciales votantes que pudieran apoyar a su candidato electoral, decidieron dirigirse hacia aquel lugar alejado y en desuso vistiendo trajes color cetrino, y al llegar allí, a bordo de un automóvil largo y argentino destellando luces sin previo aviso, fueron equivocados y asaltados por la embravecida multitud a punta de fustes.

Cuando el cura, absorto, logró darse cuenta de la increíble confusión, ya el vehículo estaba desecho. Y aunque el gordinflón diputado resultó ileso, le tomaría algunas horas lograr recuperarse del estupor, y al hacerlo, miró altivo a todos y objetó iracundo la razón de su flagrante agravio. Los locatarios balbuceantes exteriorizaron su desasosiego y lógica respuesta contra lo que supusieron como una indudable presencia alienígena.

El representante estatal, perplejo al advertir aquella barbaridad, no tuvo más remedio que preguntar de dónde demonios se han enterado de aquel disparatado boletín informativo. La villa entera, ajena al error, cabizbaja y al unísono dijo: “pues así lo escuchamos en la radio”.

Obra plástica
Pilar Hinojosa



Ahora soy feliz
Acrílico sobre lienzo
100 x 120 cm

El fin de la escritura

Por Dante Vázquez

I

Despiertas. Te levantas. Después de dos horas de sueño. Es suficiente, piensas. Los ojos te arden. Tus huesos y músculos te pesan. Tienes un sabor amargo en la boca. Hay que leer y escribir. Escribir y leer. Sin encender la luz de tu habitación sales a la sala. Buscas el control remoto de la televisión en el escritorio donde está tu computadora. Lo encuentras. Te sientas en la silla que hace tres días compraste. Enciendes la televisión. Una luz azulina ilumina el entorno. Cambias de canal hasta encontrar un noticiero. Hay que leer, escribir y estar informado. Estar informado, escribir y leer.

Para fortuna tuya es poco el tiempo que te lleva hacerlo. Pulsas el botón de encendido de la PC. Enciende. Posas tu mirada en la parte inferior derecha de la pantalla para distinguir la hora. Las 6.15 am. Hay que escribir y leer. Leer y escribir. Escuchas una voz ajena a la de noticiero. ¡Qué importa!, dices para ti.

Lo primero que haces en la computadora es abrir los textos que dejaste pendientes para leer: *Historia de Cronopios y de Famas* de Julio Cortázar; *El Arco y la Lira* de Octavio Paz; *Poesía Completa* de Efraín Huerta; *Los muros del agua* de José Revueltas; *Textos literarios: Corrientes, géneros y formas de expresión*; *La comunicación no verbal* de Gema Sánchez Benítez; *Poemas y antipoemas* de Nicanor Parra; *Penumbría* Núm. Cero; Aniuta de Antón Chéjov; *Mortinatos* de Miguel Antonio Lupián Soto; y, Dirás que soy un soñador de Bernardo Monroy. Después, abres los archivos del cuento y los poemas en los que estás trabajando. Hay que leer y escribir. Escribir y leer.

Los ojos te duelen. Sientes tu boca seca. Revisas tu correo electrónico. La bandeja de entrada está vacía. Abres los textos que enviaste. Los revisas. Algo fue mal. Tres faltas de ortografía en uno, y dos en otro. ¡Vaya!, exclamas condescendiente. Tus dedos se entumecen. Hay que leer y escribir. Escribir y leer.

Te das un breve masaje circular en tus sienes. A cualquiera le pudo pasar, dices. Tú eres más que cualquiera, lo sabes. Quien mucho escribe se pierde. Quien poco lo hace se olvida, escribes. Te levantas. Vas a la cocina por algo que tomar. Café frío. Suspiras. Hay que leer, escribir y alimentarse. Alimentarse, escribir y leer.

Además de la ollita del café, tomas unas cuantas galletas de chocolate rellenas de crema. Vuelves a la silla. Vuelves frente al monitor de la PC. Mientras tú te alimentas hay alguien escribiendo. Mientras tú te alimentas hay alguien leyendo, lees en uno de tus poemas. Hay que leer y escribir. Escribir y leer. De nuevo escuchas una voz. Te llama. ¡Qué interesa!, pronuncias. Caes de la silla. Y te preguntas: ¿Cuándo la escritura se volvió un ejercicio de tortura para mí?

II

Duermes plácido. Una voz te habla. La escuchas remota. Hay que leer. El silencio. La calma. Sin sed. Sin hambre. Sin temor. Para escribir. Preciso. Justo. Vital. Te dice. Siempre hay algo que aprehender. Siempre hay algo que contar. Hay que leer y escribir. Escribir y leer.

Evocas las palabras de Juliana García:

“La escritura es un medio por el cual el ser humano se comunica con la vida”.

Obra plástica
Pilar Hinojosa



Sé que sale el sol
Acrílico sobre lienzo
100 x 120 cm

MONOLITO

MONOLITO

RELATO

Instrucciones- manual para olvidar a una mujer traidora (Abraham Ángel remix)

Por Alonso Guzmán

Escribo amargo y fácil,
y en el día resollante y monótono
de no tener cabeza sobre el traje,
ni traje que no apriete,
ni mujer en que caerse muerto.

Rubén Bonifaz Nuño

Es necesario estar desnudo ante un espejo con los ojos en plan marítimo

- a) Una hoja de roble sobre el costado izquierdo
- b) Con los dientes apretados
- c) El aullar lejano de alguna máquina
- d) La noche y la lluvia en la ventana como un cromo
- e) (pensar en Lucien Freud)

Vendrán los recuerdos; vendrán las rabias; su velo de campos perfumados; vendrán aquellos dolores y el recuerdo de él, del otro (desconocido) que la toca y pacta (“nos veremos los sábados”, por ejemplo) y la besa mientras uno duerme un plácido sueño lejos de ella (otro estado)

- a) Una copa rota y un vino de caja
- b) Una habitación sucia
- c) Moho
- d) Cigarros en el cenicero repleto

- e) Cabellos enredados con el polvo
- f) Una pila de películas sobre el televisor encendido
- g) Compras por televisión
- h) La sonrisa de los presentadores
- i) Media noche
- j) Dos de la mañana
- k) Una película que hará dormir
- l) La luz del televisor conjugando su manía en el rostro

Llegará en un abrazo la pérdida (un veneno). Entonces, esto es necesario,

1. Se unta el vino en la garganta
2. se untan los cigarros bajo los ojos y el humo se huele hasta la asfixia
3. Se camina por el departamento, cuatro de la mañana, cinco, de aquí para allá
4. Se unta el moho en el pecho, se tose
5. Se sostiene la cabeza con la mano
6. Se extrae de los ojos el agua de mar que ha llegado con la lluvia
7. (Se piensa en Francis Bacon)

Entonces el departamento se encoge. El estómago se empala y la cabeza duele parecida al zumbido de insectos.

- a) La computadora encendida
- b) Algunos párrafos
- c) La música suena
- d) El frío marcha y se queman las naves
- e) Un grito
- f) El cuerpo de flácidos conejos
- g) Pensar en un barco que se va, abandonándonos
- h) Otro grito
- i) (pensar en Egon Schiele)

Aparece el sol y el ruido de los autos (nuevas aves). El lugar se presta en leste y silencio. Llega de nuevo aquel pacto, él y ella, el sueño lejano y la sonrisa tarada. Llega de nuevo aquella envidia vestida de heno y el olor de aquellos abrazos que no dio, ni dará. El sonido de la puerta, los pasos de los otros sobre el techo. El estómago que es tocador de luciérnagas. Vuelve el aleteo que trae el mareo del ignoto, el pobre, el tonto, el engaño, el lerdo, el sodomita, el rastrero, el que no existe, el que no habla, el que no tiene entre las muelas aquel gen. Vuelve la mordida bajo la lengua, su sonrisa y un débil te quiero o te amo en medio de un hotel clandestino; y con ello regresa el corazón que estalla y los futuros ingenuos. Regresa cada palabra de la despedida y el serpentario de que se enreda (esos dientes de ramas)

1. Se unta la garganta con el vino
2. Se decide no ir a trabajar
3. Se decide no ir a trabajar jamás
4. Se decide no verla nunca
5. Se decide cambiar de rumbo
6. Se decide comenzar de nuevo
7. Se decide explorar otros mares
8. Se decide olvidar

Luego amanece y no hay vino y se toma agua, lo que sea. Llenar ese hueco, llenarlo con humo o con vino o cigarro o hiedra o calidra o manzanas. Se hunden las manos en los cabellos y los ojos afiebrados se simulan con gotas y el baño sin gas aparece y el agua, helada, sale y toca el cuerpo, un trance entre lágrimas y bostezos y caras largas frente a un espejo que es un Antoni Tapiez. El lodo de la loza comparado con su felicidad, con su emoción, con su sonrisa que jamás le podría pertenecer a este cuerpo ya cansado de batallas. El estómago tocador de iguanas.

- a) Cama revuelta
- b) Bajo la sábana la orgía de los ácaros
- c) El televisor encendido
- d) La luz del sol por la ventana lo contagia todo
- e) La misma ropa, el mismo olor, el mismo
- f) El estómago vacío
- g) El último cigarro
- h) (pensar en Odd Nerdrum)

Afirmar cierta dignidad que no se tiene. Aceptar que es el orgullo el que palpita. Aceptar que se ha perdido el rumbo. Llegar plenamente a la conclusión de que somos menos que almejas, hierbas o tierra, que para la otra persona, para ella, somos menos que un rumor, que un cohete lanzado en la fiesta de Santiago. Aceptar que a sus ojos aparecemos ridículos, Una esfera rota en enero.

a) Pero ¿cómo?

b) ¿Cómo?

c) ¿Cómo aceptar que se ha perdido?

d) ¿Cómo aceptar que los planes han salido mal?

e) ¿cómo aceptar que otro (él) tiene aquello que ella vibra, que ella sonríe, que ella toma, que ella radiante lo acepta sin preámbulo?

f) ¿Cómo aceptar que eso, aquello que sientes por ella lo siente por él y no por ti, borracho y resfriado en tu cuarto mohoso, lapidado de sábanas sucias, repleto de películas sin ver, bañado con el agua helada, sin comer, sin ganas de trabajar, sin solvencia, sin sueños, sin futuro?

Reivindicar tu personalidad. La desazón y la nostalgia. No jugar aquel juego. Cambiar un poco de mentalidad (lo que eso signifique) y beber cerveza. No pensar en ella y seguir el largo y agotador camino que iniciaste hace mucho tiempo hacia tu destrucción.

Obra plástica
Pilar Hinojosa



Lo que el cautiverio da a la mirada
Acuarela y pastel sobre papel de algodón
40 x 40 cm

Sonata de amor y muerte

Por Frederick Heineken

Ella lo mató. Dicen que mordía su corazón desde hacía tiempo. Allí el pobre tipo, sujetando un papel con su mano muerta. No debía haber ido a visitarlos. «No te quedes ahí –me dijo- Pasa, que hace mucho frío». El viento soplabá, era pleno invierno. Dejé mi abrigo colgado en el recibidor. Nos sentamos en el living, cada uno con su taza de té. Humeantes los cigarrillos. El cuerpo de mi amigo en un costado. Parecía dormido. En su mano un papel. Ella fumaba, marcaba el filtro de sus cigarrillos con rouge. No decía nada. «¿No vas a llorar?», pregunté. Me respondió que ya lo había hecho. No respondió más que con una sonrisita falsa. Sus ojos pintados. Nos miramos, ella lucía hermosa. «No veo sangre...», dije para romper el hielo. Me señaló con sus ojos una mancha sobre la mesa. Apoyé mi taza y miré la sangre, se había comenzado a secar. «No te preocupes, enseguida la limpio», dijo y entonces comenzó a pasarle una servilleta de papel. Terminamos el té. Le pregunté si podía llevármelo. No aceptó. Dos besos, como en Francia, y me fui.

Mi nariz se había puesto roja por el frío, siempre me pasaba. Me cubrí la mitad del rostro. En el camino fumé dos cigarrillos más, llegué a la estación de tren y esperé a que llegara la formación de las nueve de la noche. Ruidos, gente que baja y gente que sube. Corridas. No había muchos pasajeros. Le di unas monedas a un ciego que cantaba con su guitarra. Desafinado. Me levanté y caminé hacia el siguiente vagón. Llegué a destino y bajé.

Una vez en la cama me puse a pensar en mi visita a la casa de mi amigo. No podía olvidarme de su mujer, su asesina. Me pregunté qué pasaría si cada vez que visitara a alguien me encontrara con la escena de su muerte. Durante largo tiempo tuve miedo de mirarme al espejo, pensaba que sería como visitarme a mí mismo, después de todo no estoy equivocado, desde el espejo se ve lo mismo que vería uno que entrara a mi casa. Si colocara espejos en todas las paredes sería como estar viviendo muchas veces en mi casa, sería un habitante y un visitante al mismo tiempo. Todo el tiempo. Me mareaba de sólo pensarlo. Finalmente me quedé dormido.

Al día siguiente volví a la casa de mi amigo. Ella me estaba esperando. El cuerpo seguía en el mismo lugar. Le dije a la mujer que me sentía muy solo desde que supe que mi amigo había muerto. «Te comprendo», me dijo. Nos besamos y nos metimos en la habitación. La luz apagada. Hicimos el amor dos veces y nos quedamos dormidos. El día siguiente lo pasamos juntos sin salir del lugar. El próximo le dije si no le molestaba sacar el cuerpo nauseabundo de mi amigo y aceptó. Lo prendimos fuego en el jardín, no sé por qué. Luego volvimos a hacer el amor porque nos sentíamos muy tristes.

Tres meses después me pidió que llevara mis cosas y me quedara por siempre a su lado. Le respondí que lo haría si me dejaba poner espejos en las paredes del estudio que mi amigo usaba para escribir sus novelas. Ese cuarto pasó a ser mío de la noche a la mañana. Siempre lo había querido. Ella se mostraba muy contenta conmigo y hasta me había prometido no asesinarme. Pensé que se había convertido en asesina por amor, sentí que no me amaba como lo amó a él.

- ¿Entonces no vas a amarme nunca? –le pregunté para comprobar si mis pensamientos eran acertados.

- No tanto como a él –me respondió.

Me sentí desahuciado. Ahora no paraba de beber y ella comenzó a deprimirse también. Ya no hacíamos el amor, hasta tuvo el coraje de pedirme que sacara los espejos porque la hacían sentirse como visita en su propia casa. Ese lugar era mío, pero accedí a sacarlos. Ahora... ahora quiero matarla.

Obra plástica
Pilar Hinojosa



Les regalo su olvido

Tinta china sobre papel de algodón

18 x 70 cm

Crónica Neuronal

Por Sebastián Lucero

Me desperté de noche con un dolor en la lógica, con un angustioso candor en mi tercer molar cerebral y una costra que se autoproclama como gobernante de toda sinapsis... Mi vecino, el axón enfadado, reclama por sus derechos palpitando mientras grita, que ¿cómo va a ser posible que la inverosímil respuesta de mis vagos estímulos sea el inicio de todo?, ¿cómo esta costra llegó a ser consecuencia sin ser consecuente?... ¡no es justo!... pero, ¿qué sabe un axón de justicia? Y en mi rotunda negación, otro axón despotricado en la pesadumbre de la oscuridad, susurra los contrastes de su soledad como un ermitaño que ya no sale a recolectar. Pero, mientras ambos dialogan, manteniendo su esencia reflexiva, se va aclarando el día y el sol de la comunidad lanza lengüetazos como una madre felina limpiando a sus cachorros... Pues sí, estos axones son hermafroditas... Y es que mientras más conversan, más se multiplican y me crecen las piernas... y se profundizan mis ojos... y se inquietan mis dedos para hacer ideas con los malabares, equilibrando autos cargados de entusiasmo en esta nueva carretera que alumbra la desesperanza del olvido... Y de pronto viene a mí, que sólo soy un momento habitado de recuerdos... La sombra de la piedra en el desierto, la contraparte disipada que prolifera liberando animales enjaulados con la dialéctica empatía del dolor sentido, la trama del enunciado lógico que no concuerda, la esquina redonda del cuadrado y el ruido de la noche en la cabeza del insomnio.

Obra plástica
Pilar Hinojosa



Sublimación

Acuarela y pastel sobre papel de algodón

40 x 40 cm

MONOLITO

MONOLITO

RELATO

Humana

Por Beatriz P. Vázquez

*“Yo no sé de la infancia más que un miedo luminoso
y una mano que me arrastra a mi otra orilla.
Mi infancia y su perfume a pájaro acariciado.”*

Alejandra Pizarnik.

Al reloj se le descompusieron las manecillas desde hace tiempo, dejó de contar cada segundo de tu presencia distante; yo ya no sé si murió el día en que rompí en llanto y se le reventó la carátula, o cuando estalló el marco de cristal al hablar de tu nombre y mi camino. Anoche soñé con las fauces del tornado y te llamé a gritos, pero llegó corriendo la sombra de tu ausencia: *Ya no llores, niña...* en un susurro plano; pedazos de vidrio estancados en mi pupila.

Las mentes enfermas anduvieron danzando sobre las hojas de nieve y allá al otro lado la cándida lucidez de tu sombra inundaba de un intenso calor. Luego la noche y el silencio, la oscura tristeza, el grito de violencia y una página en blanco con voces anidándose entre las fibras pálidas.

Qué hondos surcos bajo tus ojos, qué ojerías amoratadas de melancolía; cuántos centímetros recorridos en la eternidad, en la soledad descarnada. El cansancio inundó tu ceguera y el hastío tu corazón de una maldita, obsesiva autodestrucción. Pues muérete entonces pero muérete sola, porque ya no puedo asirme de indiferencias y rechazos.

Te vomité en un blancuzco ácido sabor aspirina, te quise drenar al abrir mi piel llena de veneno: sólo arena y un tristísimo sigue-viviendo-sin-mí. ¿Dónde andarás ahora vestida de llagas y tulipanes? A dónde te me fuiste dejándome en un frío abandono y una atemporalidad que me desbarata el alma; a dónde correr, a qué pecho

refugiarme y tirar las lágrimas de infancia que se me quedaron enredadas. Y estas preguntas necias, egoístas, sin respuesta.

Quiero gritarte a la cara que dejes de irte o que te largues de una vez por todas, que me desaparezcas de la savia que me regalaste. Quiero correr en llanto y abrazarte sin esperar la terrible bofetada de tu exigüidad de amor. Vete de mi lado porque no me necesitas; vete muy lejos y llévate todo esto que tengo incrustado en mi pecho y en mi intransigencia. Vete lejos, hazme humana, déjame ser el viento.

Sobre Pilar Hinojosa

Pilar Hinojosa estudió diseño gráfico en la Universidad del Sol e hizo una maestría en Historia del Arte en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Su tema de tesis fue “La Influencia de las filosofías orientales en la poética y la obra plástica de Mark Tobey”.

Desde 2002 ha practicado la disciplina del Sumi-e y la acuarela, logrando crear un lenguaje propio que ha denominado "Pasos hacia una

estética de la liberación", porque a través de su práctica ha podido realizar reflexiones personales y procesos catárticos que le permiten liberarse de situaciones dolorosas. Esta propuesta poco a poco ha evolucionado, traspasando las fronteras de lo personal para expresar problemáticas sociales, si bien, todas de una u otra forma se conectan con su propia biografía.

La obra de Pilar se ha visto fuertemente influenciada por diversas corrientes filosóficas y humanistas, lo mismo de nuestras raíces indias como de oriente, del existencialismo y los estudios de género. Sin embargo, es su ser mujer, su amor de madre y de pareja sus principales fuentes de inspiración.

Con un trabajo constante y comprometido, Pilar ha encontrado en la pintura su medio de expresión, retomando y sintetizando todo aquello que le permite hacer conciencia y contactar con su ser, para vivir desde ahí y en congruencia.

Ha participado en ocho exposiciones individuales y cuarenta y tres colectivas, su obra ha sido publicada en diferentes medios, ha sido docente y ha impartido talleres en diferentes espacios como el Centro Universitario de la Costa de la Universidad de Guadalajara, Explorartes, en el 2013 lo impartió en el Centro de Readaptación Social femenino de Atlacholoaya Morelos y su taller particular. Link en el que encontrarán el desarrollo del proyecto SyGUE – HINOJOSA: http://issuu.com/pilihinojosa/docs/sygue_op



MONOLITO
MONOLITO
MINIFICCIONES
por Armando
Alanís
Canales

Brevedades

El color del deseo

—De rojo me gustas más —dijo el hombre todavía con el puñal en la mano.

Invisibles

El hombre invisible se enamoró con locura de la mujer invisible. Fue un amor nunca visto.

Lluvia de estrellas

Una tibia y despejada noche hollywoodense cayeron del cielo, fulgurantes, Marilyn Monroe, Marlon Brando, Rita Hayworth y Humphrey Bogart.

Ajedrez

El ajedrez despierta al asesino que todos llevamos dentro.

Tigre

El tigre lleva en la piel los barrotes de su jaula.

Pantera

La pantera es toda noche.

Espejismo

Con todos sus edificios, casas y calles, la ciudad era un espejismo. Sus habitantes, un sueño. Sólo el desierto era real.

Cansados

Cerca del amanecer, los fantasmas se retiran a dormir.

El pozo

Tuvieron cuidado de tapar bien el pozo, de modo que en adelante no constituyera un peligro para nadie. Lo llenaron de piedras, palos y tierra. Con el niño adentro.

Amiga de bar

La conocí en un bar, bebimos unas copas, la llevé al hotel.

—Eres la mujer de mis sueños —le dije, y en un parpadeo se esfumó.

Aviso

—Seré breve —dijo el verdugo, y dejó caer el hacha sobre el cuello del prisionero.

Juguete de nadie

—No soy juguete de nadie —dijo ella, segundos antes de que se le acabara la cuerda.

La verdad sobre las sirenas

Las sirenas son bellas y huelen bien. ¡Mienten quienes aseguran que son monstruos y que apestan! Llaman con su canto a los marineros porque quieren jugar con ellos el eterno juego del amor. ¡Mienten quienes aseguran que quieren seducirlos para devorarlos! Las sirenas son criaturas celestiales; sus cuerpos representan el paraíso, y sus caricias y besos, la gloria. El único problema con las sirenas es que no existen y que los marineros no lo saben.

MONOLITO
MONOLITO
MINIFICCIONES
por Daniel
Sibaja

Cuentos brevísimos para el gran lar

Escamas de oro

Alé Ajváz decidió caminar por el desierto para encontrarse con los dioses. Dicen que ha encontrado un oasis lleno de peces con escamas de oro que nadan en círculos y se alimentan del musgo sagrado. Ahora dice ser ateo.

La Torre más alta

El emperador Pär VII, ha ordenado la construcción de la Torre más alta. Él ha prometido abandonar el trono para cuando se acabe la construcción. Sus dos hijos ya se proclaman absolutos herederos del trono. Violan mujeres de todas las edades, saquean el oro del pueblo, hacen gula todos los días del mes, castigan injustamente, cobran el tributo con violencia, se embriagan y ponen de rodillas a todo aquel que pase frente a ellos. Un día, Pär VII ordena la destrucción de la Torre más alta, pues los dioses le han advertido muchas cosas sobre el porvenir de su reino.

El pintor

El pintor ha dejado que los pinceles envejezcan. Lloro al ver sus dos obras maestras únicas: la “Habitación de un niño sin ojos” y una “Casa de putas”. El pintor ha decidido colgarse con los brazos cortados sobre las imágenes de Buda, Shiva y Cristo; rodeado por la oscuridad de la medianoche.

Los pájaros del coro

Y quedó dicho:

—Si los pájaros tuvieran manos, sería un error tomar la literatura como profesión.

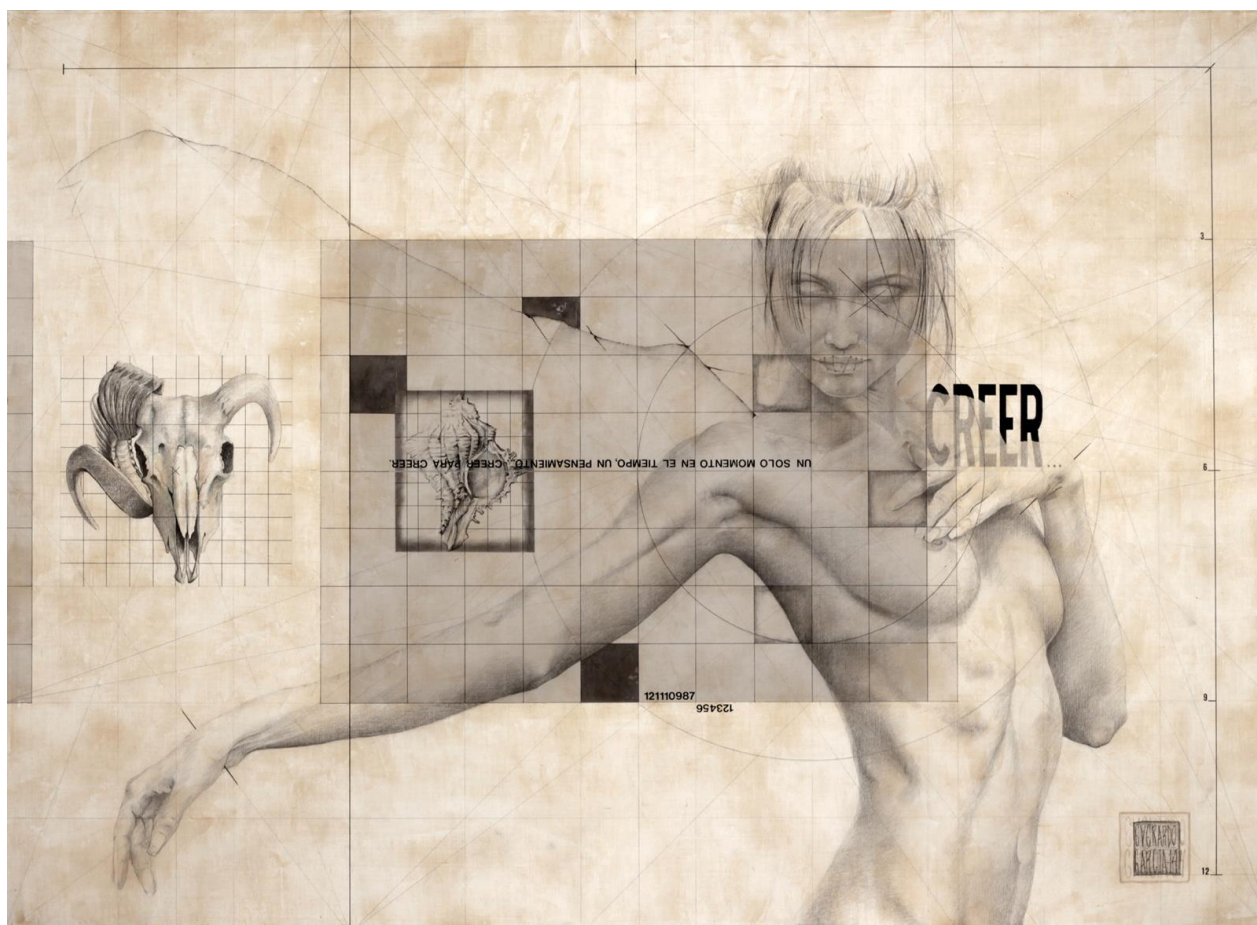
Obra plástica
Everardo García González



Acrofa

Mixta sobre tablero de madera

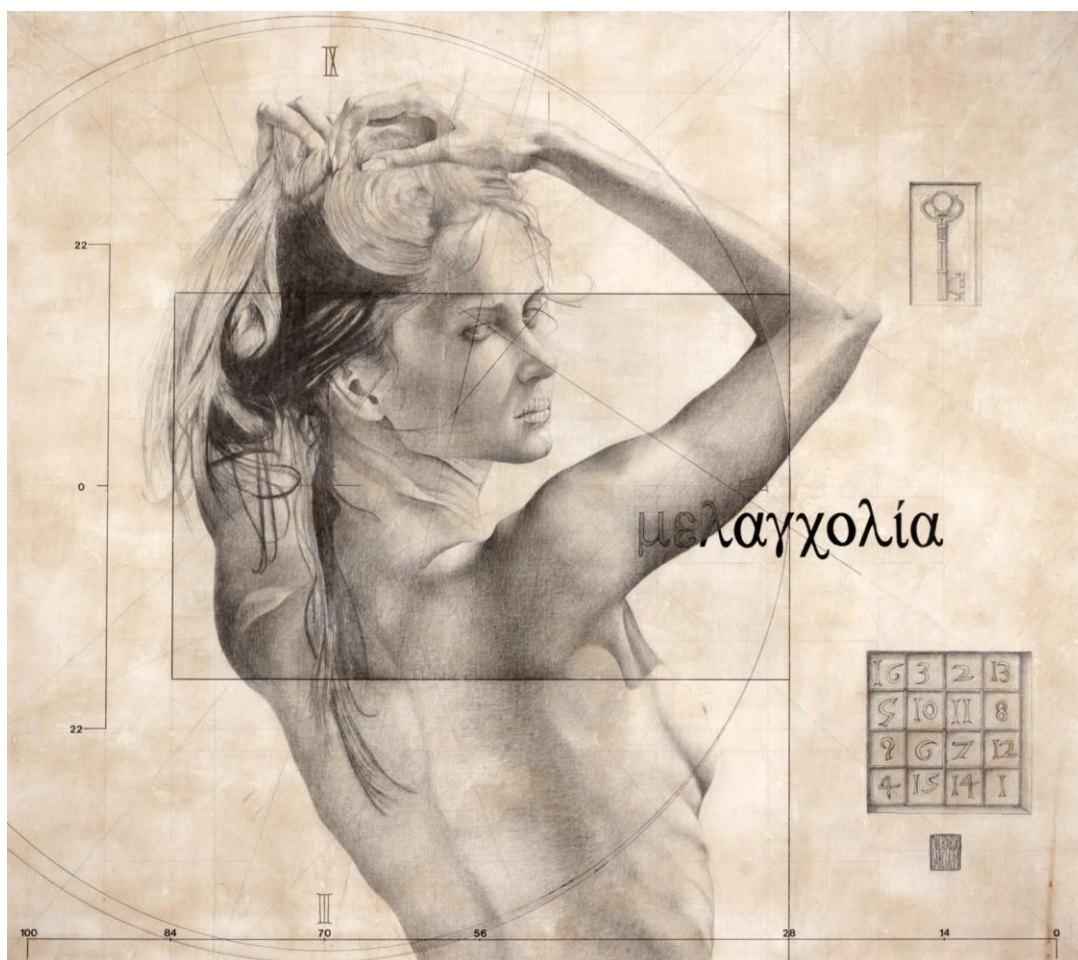
Obra plástica
Everardo García González



Creer

Mixta sobre tablero de madera

Obra plástica
Everardo García González



Melancolía

Mixta sobre tablero de madera

Obra plástica
Everardo García González



Los deseos

Mixta sobre tablero de madera

Obra plástica
Everardo García González



Ser

Mixta sobre tablero de madera

Sobre Everardo García González



Nace en la ciudad de México. Inició su gusto por el dibujo a temprana edad. Estudió en la Universidad Nacional Autónoma de México (E.N.A.P) la carrera de Artes Visuales en la Escuela Nacional de Artes Plásticas, hoy (F.A.D), así como cursado diversos talleres de técnica de materiales, restauración y grabado. Ha

participado en más de treinta exposiciones colectivas teniendo su primera exposición individual el año pasado.

“Alguien me dijo que mi trabajo era decadente y tal vez lo es: lleno de miedos y temores, desamores. En fondos blancos: la nada; y en medio de los grises del grafito y las tintas hay un toque de color: una esperanza, quizá”

La mujer: siempre presente en mi trabajo y actor principal aunque generalmente es el pretexto para reflejar mis pensamientos, miedos y temores a través de ella: creadora y responsable de todos ellos.

Las líneas y cuadrículas presentes como parte de la realización de la obra son tan importantes como la obra en su totalidad, parte del proceso de creación: ¿principio o fin?, del cuadro.

El tiempo: líneas, círculos, números; relojes sugeridos y líneas que convergen en un solo punto, un segundo en el tiempo, un momento exacto representado en el cuadro, presente o pasado. La transformación: mariposas, libélulas, crisálidas. La representación del cambio, bueno o malo, pero cambio al fin y al cabo. La cruz sugerida en la mayoría de mis cuadros, los estigmas en las manos, la boca cosida de los rostros: es mi forma de redimir y redimirme.

Jesús Bartolo

I

Tiempo, paciencia y las palabras maduran para ser escritas. Escribir con vocablos verdes o tiernos, arruina la cosecha. La oración se pudre en el primer intento de eternidad y el ritmo en el verso se pandea. La palabra como el mango que se moja, si no se fumiga antes de la lluvia, se agusana. La caligrafía se detiene porque la sílaba sufre en la vocal anemia. Ánimo, aunque el lenguaje se nos pudre de la idea al trazo, hay que destetarlo, alguna frase podrá respirar por si sola.

II

De la teta del alfabeto de que otro lado sin ladera se puede mamar este palabrerío. Cielo del silabario aquí los derrotados se agarrotan. Dejo que el abecedario beba en mi cerveza. Le injerto a la “a” una “t” y lo que sale de ahí, galopa. Es el día 3 de abril de 2014, son las cinco menos dos p.m. una pila de libros se amontona en el escritorio, confieso que solo he ojeado algunos, pero sólo miro glifos descafeinados. Un ron con cítricos apetece la lengua. Una palabra cromática de olores que despierte en lo profundo de la garganta y busque el hueco de la boca para ser escupida. Cortarles la lengua a las vocales para que engorde el sonido en su interior. También caparles el silencio. Castradas y mudas escribirlas.

III

Inoído: un termitero el close up de su alma: flemas y un carraspeo como vísceras de algodón. Un ramo de palabras secas: huesitos de pollo con los que juega a tajar el aire. Cataléptico el viento: cachola del revés, abultado el vientre. Joder el árbol es un ventrílocuo: sisea pequeños mugiditos de sol. A la sombra pájaros citadinos mimetizan su canto con las hojas ojos del follaje. De ver miro: clausula única: el tiempo, ni para

dónde ir, el contrato está firmado: a quién le sirve un tallo con hormigas, la dulce panza de un gusano ahíto. De mirar veo: mi alma gemela se deschaveta: ahí el eclipse es un jolgorio: la sombra del ramaje permanece renga. Inoído: alejo el zoom: agripado el cielo cuenta una adivinanza: canta el gallo de la lengua una apetencia, el ámbar de la botella refracta la luz y suda. Sudo a la fronda: un galimatías se acorruca en mi mente.

IV

Gorjéame palabra: gorjéame: quítame la tentación de la chapuza, escóndeme de la lengua fácil, obstruye mi flaqueza de lanzarme a la mar de las letras donde pontifica el ukulele falso y la gaita hechiza. Trina palabra: jódeme la penumbra: lumbrarada de los ciegos que atiborran en letras de molde las páginas a modo y de moda. Rabia palabra: muerde lo soporífero: soberbia de los creadores: desgárralo. Canta palabra en esto seco, inmóvil, cotidiano y descolorido. Barrúntame palabra: árido, sin nombre: despostilla el hueco en el que mi mano se mueve: llena este vacío de mi corazón que se evapora: mátame pues, antes de que un verso tome el camino de un buen o mal poema y me llamen “poeta”.

Valeria Guzmán

Ropa para dejarte

Los jeans negros de todos los días
para agacharme bajo la cama
a buscar el último arete secuestrado
y una blusa guanga para alcanzar el Quijote burlón de la repisa

No sé si llevarme el Abrazo de Schiele
siempre pensé que éramos tú y yo
no quisiera verme guapa
no quisiera hacer nada que sea triste

Sabes que ésta es pura crisis
Indecisión
Tiempo
Juventud

Llevaré el cabello suelto como ahora
no sé si vas a acordarte

En medio de la primavera ha llovido
las vísperas nos odian
me odian a mí por decidir

que no llueva cuando saque las cajas

sólo llevo cosas que se mojan

te dejo todo porque soy elegante
porque me llevo todo sin cargarlo
porque lo sabes

En invierno volveré a usar el gorro de punto que me tejió tu mamá

Irma Torregosa

Era venir desde el amor

y que nos faltara la noción del tiempo,
era dejar las memorias recostadas
en las oscuras aguas del sueño.

Era si tu voz brotaba desde mi costado
o sólo era el eco de tu sonrisa
en otra oreja,
seguir las migas de tus pasos
por las puertas de la casa,

esos laberintos francos
que se abren a las voces.

Era el perfume agonizante
a lluvia, la distancia que guarda
las caricias pendientes, las sonrisas
que nunca se cruzaron y andar

descalzos por donde el sol no pasaba.

Eran nuestros dedos murmurando

algo que nunca sabré,

porque sé que no estarás

y yo no sabré como desatarme los huesos de tu nombre.

Mi madre tiene la boca llena de muertos

cuando la primera taza de café del día

cuando sube al auto

cuando pide a dios por nosotros.

No creo pero inventaría un dios

qué matar si no escucha los ruegos

que yo escucho en las noches con la oreja pegada a la pared

casi abrazándola para que no llore

diciendo que la sombra también es la vida

que la muerte también es la vida.

Cómo extraño a la mujer que no conocí

a la sonrisa que le dio de comer a los venados

al beso que marcó el principio de mis tiempos,

que no sabe que el tiempo es el mismo

que somos nosotros los culpables de la incertidumbre.

Mi madre tiene ojos de batallas perdidas

y las manos llenas de cielo

mi madre tiene la boca llena de muertos

cuando baja del auto

cuando desconfía de dios y de nosotros.

Ari J. González

Ninfa de la duplicación

1. Puentes

Un puente en el aire
que no es el mismo
puente entre las aguas

un punto de vista un reflejo
con esta distancia inhabitada

somos espectadores
del otro jardín el otro arco
alteración breve de los vientos

atravesar ese lienzo
es tarea que no nos pertenece
como tampoco es nuestro
el tiempo para cruzar por él
de orilla a orilla.

2. Andadura

Monet apareció un mediodía frente a las aguas del estanque. Senda al costado. Vegetaciones en la entrada. Los nenúfares como una forma primigenia de las voces. Entonces no existía tal puente ni aquel otro que nos mira desde el fondo. Entre las posibilidades, Monet pintó en la posesión de un duplicado ante los soles. Los espacios del cielo en las esquinas equivalen al espacio del agua en duermevela. Entre sueños, un Monet ciego atravesaba la madera frágil, crujían las uniones, el viento era una variación dicha del silencio. La andadura era un recurso más para estar vivo. El hombre nunca llegó a la orilla que buscaba.

Erika Said

Habitar el sábado

Sábado es sentirse un pájaro

que orbita la mañana

es la palabra esdrújula

alargada en la sonrisa

una canción pirata

un himno del exilio

Sábado es seguir la orilla de un río

sin cuestionar dónde desemboca

es quitarse el vestido

meterse en el río

y permanecer flotando

mirando al sol colarse

por los huecos de las ramas

Leticia Cortés

De "Habitar la muerte"

HAY UNA PALABRA persistente.

Un fantasma con arquitectura corporal. Esqueleto que se adecúa a lo permanente: un cuerpo en exploración.

Con quién hablas mamá.

Y tu cuerpo se convierte de a poco en ataúd. En caja inexplorada.

Tu torso es un panal:

avispa negra tus labios.

Y la calle es una curva que no se anuncia. Un jardín adherido a la mano

que contiene otro jardín: benzodiacepinas.

Grieta en donde lo visible apenas es visible. Algo persiste en el canto del hueco.

Una pared líquida.

Apenas es visible lo visible:

Inmutación en la sangre que converge.

Estoy segura que te propagas con el viento.

Que dejarás de ser fantasma

para ser un espectro.

Y tu cabeza de agua ahora será de leche materna. Amamantarás al silencio

Y tu hijo será un útero lleno de fantasmas. No habrá líquido amniótico.

Veneno en las arterias y el corazón. Todo infecto.

Nivel proláctico alto.

Tan alto que jamás florecerá algo en ti. Alguien lo advirtió desde tu niñez. Nadie quiso que tú fueras madre.

La calle se corona con una nube que no es nube ni dragón. La calle se cubre de una ceniza parecida a tu ropaje.

Un árbol de almendros viste la calle desconocida. Sustancia que persiste en la sangre.

El ave hace sonidos raros:

no de canto, sino como de muerte.

¿Has visto cómo se voltean sus ojos al morir? ¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas? ¿Has contado las aves que mueren

al estrellarse en las ventanas / que nunca abriste?

Mamá.

Abre la ventana.

Voy a morir si no la abres.

Tengo un tumor en mi canto.

Tengo más enfermedad y locura que palabras. Tengo más olvido.

Me ahogan mis huesos.

Mamá.

Xánath Caraza

Crepitar

Era como una espada en llamas
atravesaba la piel
y a la cual amanecía entrelazada.
Quemaba con su lento crepitar
la garganta, se enterraba entre
los ojos y la frente
ahí estaba clavaba.

Era como una centellante roja daga
en el pecho, blanco dolor agudo
efímero gozo dorado
como un resplandor
que hendía la piel, la renovaba
con su ardiente canto recorría
el lóbulo izquierdo.

Era como una manta de fuego que
abrazaba de pies a cabeza
relámpago rojo y dorado
azul y verde desde la mano
que la arrojaba.

Era como una lanza al rojo vivo

exacta, lenta y ágil
encontraba su objetivo
con experiencia y gozo
desgarraba la piel bronceada.

Era como un sueño en llamas.
Como el sueño de una espada
al rojo vivo. Sueño dorado, ciego
blanco metal, como un sueño
en llamas, como un sueño
en llamas, en llamas, en llamas
como un sueño al rojo vivo.

Crepitar blanco de sombras
sueño en llamas, mis manos
arden en las páginas. Crepitante
hendidura marca las líneas doradas.
Mi beso de fuego tatuado en tu espalda.

Alejandro Montaña

La máscara nos mira

Colgada en mi pared, sobre nuestro lecho,
La máscara nos mira.

En silencio, nos mira.
Con sus ojos huecos, nos mira.
Con su rostro impasible, inmutable, nos mira.
Nos mira mirándola.
Nos mira mirándola mirándonos mirarla,
mientras nuestros cuerpos se entrecruzan.

Desde su puesto de vigía, nos mira,
con envidia.

Y sé que a veces, como ahora,
quisiera tener cuerpo,
para salir corriendo sin mirarnos más.
pero también para quedarse,
por voluntad propia.

La Máscara imagina
lo que ha de sentirse tener piel
y cabello
y piernas

y manos
y senos
y vientre
y nalgas
y sexo
y espalda
y alas,

como Tú.

La Máscara se pregunta;
Qué se sentirá cabalgarme cuando me cabalgas.
Qué tocarán tus manos cuando tocas mi pecho,
cuando guías mis manos a tus caderas,
a tus senos galopantes,
a tu humedad ardiente.

La Máscara te mira amarme, y sin pedirte permiso, toma prestado tu cuerpo.
Te ocupa, sin poseerte.
Ahí están las dos, sintiendo-se, sintiendo-me.

Cuando me amas, con la máscara o sin ella, te siente sentirme...
Te cabalga cuando me cabalgas
te libera al liberarse
y vuela cuando volamos
Sin red protectora.

La Máscara nos mira...

Cristina Arreola Márquez

L'Éternelle idole¹

la punta de tu pie

apoyado

forma islotes de arena que se hunden

entre olas de roca

arrastradas

por tu rodilla

el roce de tus dedos se deshace

es tierra frágil

tierra ardiente

se mezcla con mi piel que es de cal

mi piel desgranada

nuestro fruto que llueve

moja

¹ Primer lugar en el Concurso Literario de Poesía Erótica de la Universidad de Colima. Forma parte de la antología *Detrás de la puerta* (2014).

inunda los montículos

forma volcanes

tu voz de viento

espira

revive el río formado entre montañas

gime

arrastra tormentas

la arena forma una cueva

horadada

una grieta acoge al visitante

labras la piedra a cincel y martillo

reexaminas

exploras la gruta

bañas de tu voz esos adentros

te vuelves todo Cefiso

navego por ti

soy rivera y canoa en una esencia

aleteo

transfiguro a pez contra corriente

vivo de ti

ahogada en el torrente

exploro la punta de tu lengua entre mis escamas

incesante

hasta petrificarnos

labrados

reaparecen los detalles del cuerpo

dedos

brazos

nos separa el puntero a precisión

rostros

moldeados

se gritan en fragmentos de mármol

tras la vitrina

amantes se enfrentan

eternos

a la pequeña gran muerte

eterna

Lena Orduña

Es abandono

Por la lucha que causan mis senos en las manos de los buenos amantes
Por el ruido artero de las palabras que entierro bajo sus lenguas
Por la fina tiniebla que aguardan los corazones más despiadados
Por todos aquellos apetitos que se secan cada verano
Por la carne agonizante que se hunde en mi tierna anatomía
Por los gestos de desfogue que marcaron mi descanso
Por mi rostro exhumado del fuego
Por mi maldito temperamento de díscola pantera
Por el alivio claro que sacude como una ola violenta
Por la curtiembre de besos que cayeron en un vacío de luz
Por mi manera de hacerle el amor a los ojos que esperan
Por todas aquellas noches en las que mi voz apago tu nombre
Por la prosa que ardió como kerosene en mi boca
Por oscurecer el vicio mutilado de tus anchas raíces
Por el blanco coraje que dormita en mi sangre
Por los restos de los hombres blandos que dejó tu madre
Por la lencería oscura que agrietó tu piel tendida
Por los cadáveres hambrientos de doblez que abandoné
Por el amor de espuma negra que envejece tu lado de hierba
Por los versos que inspire a tu glándula para acabarte
Por tus ojos derrumbados en mi pecho
Por la belleza mefistófeles que domina en mi ser, olvídate
De verdad William, olvídate.

María Victoria Fabre

Anguilas en la Tosquera

*¿Vos nunca pescaste anguilas?
En la Tosquera hay una espumita blanca,
vas por lo bajito.
ponés el dedo y la anguila muerde.
Y así, ya es tuya, la tenés.
La carne es rica, blanquita y blanda.
Con Toti vamos los domingos y las traemos.*

Tavito abre los ojos oscuros y enormes
para impresionar a una maestra
que no sabe pescar anguilas.

*¿Vos no sabes pescar anguilas?
Te voy a traer.
Los grandes dicen que la Tosquera es peligrosa.
Yo no tengo miedo,
voy por lo bajito y la agarro.
Ni carnada uso, un dedo y listo!
Ahí nomás la tenés...*

Tavito abre los ojos oscuros y enormes.
El miedo no es sonso, sabe.
En juegos fabrica espuma
donde el sol de la ciudad
resume ausencias.

Antonio P. Guzmán

De la Pampa a Girona

Pienso en lo que fue.

El gaucho y su china,

la pampa.

Galope de viento sin

sombra de roble verde.

Interminable tarde,

la estancia.

Cuatro noches de

espera.

De última hora

tren, a Salta;

y sin ser

destino último,

tiño su velo

de pasado envuelto.

Escudriño en la roca,

el punto.

Ebullición tardía de la
helada rama de monte.

Hondura de infierno,
el tiempo.

prontitud de vapores
de tren ajeno.

De hora última

a Girona;

y sin ser

destino primero,

tiño su velo

de futuro,

luz y trueno.

Pienso en lo que fue.

Escudriño en la roca

una vez más.

Román Sansores

Turbación nocturna

Encima del clima histérico, aves muertas
Sepultadas en el silencio, ruinas del ayer
Extraviadas en las sombras de las nubes.

El flujo del tedio gris retumba
Como tambor sobre el campo.

Bajo un sol. Muerto en este lugar
Dios en una oración acida.

Fungibles plasmas tiritando ingravidas en la noche.

Coalicionan al insomnio,
Enérgicas azotan la puerta.

Equidistante la cortina y el sueño,

A contraluz su tersura cósmica del felino atemorizado.

Brumoso canta el cerebro pensamientos nómadas.

Se condensan en el descenso del pétalo.

Fantasmas rondan fuera del hogar cosmonauta,

y el silencio, es silencio.

Refugio Pereida

Soy una mujer que se emborracha

Soy una mujer que se emborracha,
feliz me hace el extracto dulce de las diez y seis hierbas,
no me apedreen porque necesitaré más alcohol para cúrame las heridas,
tengo algunas desde que nací,
los planetas no estaban bien posicionados
y a mí tampoco me importó dejarlos en su sitio.

Soy un éxito de bebedora,
soy la maestra de Baco,
soy el aguamiel fermentada,
soy la cantora del departamento de las mujeres,
soy un nido de botellas vacías.

Obra plástica
Paola Emhardt

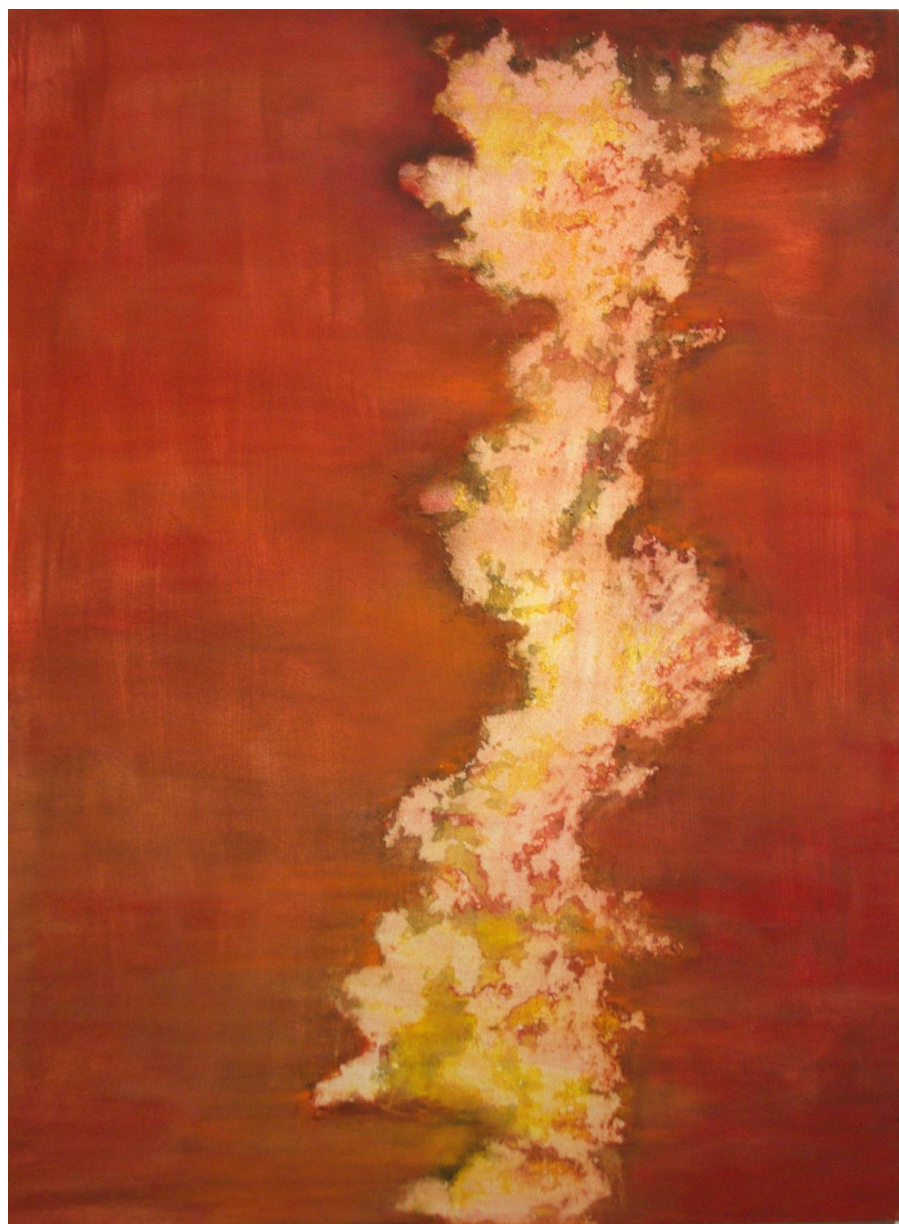


Ella

30x24

Oil on canvas with paper

Obra plástica
Paola Emhardt



Marcas

36x48

Oil on canvas. Paper remove technique

Obra plástica
Paola Emhardt



Él

36x48

Oil on canvas with paper

Obra plástica
Paola Emhardt



Adentro

36x48

Oil on canvas with paper

Obra plástica
Paola Emhardt



La llorona

30x24

Oil on canvas with paper

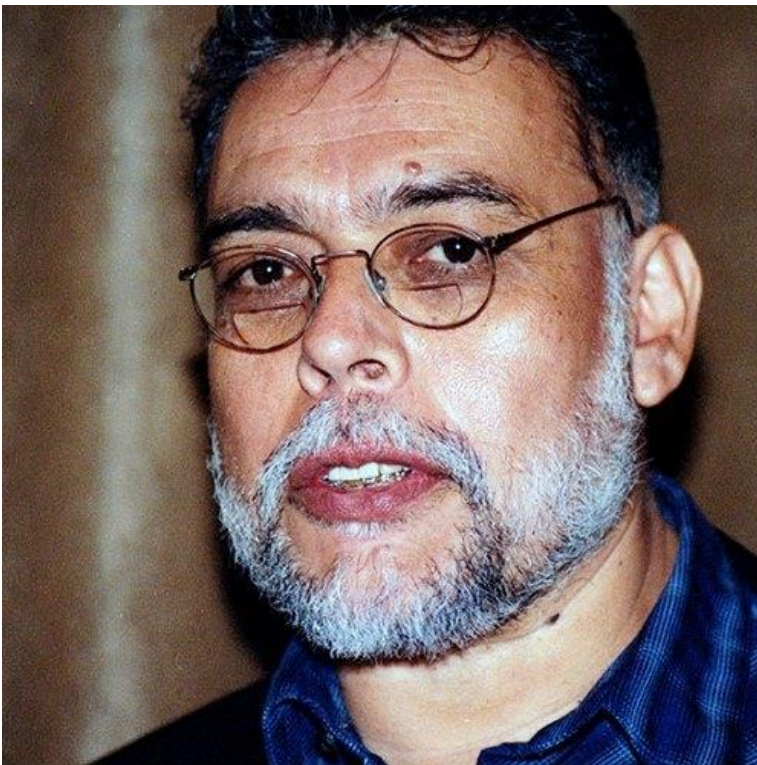
Sobre Paola Emhardt



Paola Emhardt, Nació en Colombia. Radica en la ciudad de New York hace 12 años. Es aquí donde estudia licenciatura en Artes y empieza a desarrollarse como Artista visual. Paola ha estado explorando y estudiando el mundo de las emociones, así como los diferentes arquetipos sociológicos de las expresiones y sus gestos. Su uso de textura y color a través de su cuerpo de trabajo maximiza este efecto. La artista también invita al espectador a un diálogo personal con sus obras. Con la pintura, escultura y la fotografía, Paola está reinventando su manera de expresar el dolor y de alguna forma crear catarsis con sus obras.

Ricardo Yáñez

Entrevista



“Al proponérseme la reunión de mi poesía, me entusiasmé, desde luego, pero rápidamente me entró el temor de no estar a la altura”.

Foto de Rubén Pax

Ricardo Yáñez

Nació en Guadalajara, Jalisco, el 3 de abril de 1948. Poeta, ensayista y narrador. Estudió letras en la Universidad de Guadalajara y la UNAM. Ha sido editor de *El Ciervo Herido*; profesor en la U. de G.; periodista fundador de *El Sur*, *Unomásuno* y *La Jornada*; articulista y miembro de la mesa de redacción de la revista *Mira*. Creador de una metodología para el desarrollo de seminarios y talleres de creación literaria, que ha aplicado en múltiples ciudades del país. Colaborador de *Biblioteca de México*, *La Gaceta del FCE*, *La Jornada Semanal*, *Revista Universidad de México*, *Sábado*, *Siempre!*, entre otros. Fue jefe de la zona centro de NOTIMEX, jefe de la redacción periodística de Radio Universidad Veracruzana; Ciencia, Cultura y Espectáculos de *El Occidental* y director del Semanario *Paréntesis*, estos tres últimos, medios tapatíos. Miembro del SNCA en los periodos 1997-2000 y 2000-2003. IV Premio Punto de Partida 1971 por *El Girasol*. Premio único de Narrativa en el Segundo Certamen Literario de la Universidad de Guadalajara 1972. Parte de su obra se incluye en antologías nacionales y extranjeras. En 2004, *El Aduanero* y *La Jornada* auspiciaron la grabación del disco *Quizá en agosto*, que reúne sus textos poéticos musicalizados por ocho compositores.

Ficha de diccionario de [Catálogo biobibliográfico de escritores de México de la Coordinación Nacional de Literatura del INBA](#)

¿Dónde crece, cómo fue su infancia, su juventud en un repaso rápido y cuál fue su primer contacto con el poema?

Soy gente de barrio, en la infancia más o menos aislado del mismo, pero en la juventud inmerso en él, barrio bastante bajo (no es ofensa, es descripción), donde en cuatro manzanas, bastante grandes, sólo mi hermano y yo y dos muchachas, por cierto hijas de nuestro profesor de inglés, estudiaban la secundaria. El entorno era muy difícil, violento, pero uno ahí estaba y no se azoraba de nada —o, aunque creo que el matiz no cabe, de casi nada. Mi primer contacto con el poema (la forma poema, no la poesía) fue en una revista, *La Familia*, que publicó (tenía yo menos de cinco años) un acróstico sobre la Adelita. Me puse a jugar con él, cambiando los versos pero manteniendo, claro, las iniciales.

Rimbaud decía no pienso, me piensan. Octavio Paz iba por la misma línea y afirmaba: alguien me piensa, soy el pensamiento del otro. La otredad presente. En su caso, ¿Cree que hay alguien más que lo fuerza a tomar la pluma o ponerse frente al teclado para escribir sus experiencias sensibles? ¿Quién, en realidad, escribe sus poemas? ¿Por qué escribe Ricardo Yáñez?

Bueno, uno en principio, lo sepa o no, escribe para conocerse, quizá un poco para equilibrarse, para no caer. La voz no cambia, cambia el sentido de la voz. Yo he querido, y en ocasiones creído, que he trabajado diversas voces en la poesía que escribo —no son sino modos de presentarse de la misma voz, voz que uno no cesa de explorar, pero que ya estaba ahí, desde siempre; lo habita a uno. En mis canciones -he escrito muchos textos dentro del género canción- intento que mi voz diga lo que siempre se ha dicho mediante el canto y que, sin carecer de presencia, carezca de personalidad individual, se diluya en lo colectivo, pero la voz es la voz. Lo deja a uno manejarla, pero no contradecirla.

J.M. Coetzee (escritor sudafricano) afirma, en sus memorias noveladas, que para escribir poesía hay que sufrir. Que la poesía brota del dolor, del sufrimiento. ¿Ricardo Yáñez necesita sufrir para escribir poesía?

Tanto como necesitarlo, no. Pero no hay quien no sufra ni, tampoco, hay propiamente quien anhele sufrir. La poesía en ese sentido es un acto de fe en que la curación existe, de que si el sufrimiento se da, puede ser exorcizado.

Ricardo Yáñez recurre a la medición del verso y vuelve a las formas clásicas de la poesía, como lo es el soneto. ¿Considera que el buen poeta debe dominar primero este tipo de producción poética para después romper los paradigmas? ¿Qué fue lo que lo llevó a usted al regreso de esas prácticas poéticas?

Bueno, en cuanto a las publicaciones, yo empecé con el verso libre (en primaria y secundaria trabajé, sin mucha fortuna y sin demasiada curiosidad, sin asiduidad ninguna —era un juego— el verso medido y rimado). Pero la forma tradicional siempre me ha fascinado.

Eso quizá depende de que desde siempre me gustan las canciones, me sé muchísimas, y es muy difícil imaginarse una canción carente de metro y rima. Alguna vez contesté que uno, gente como yo, que viene de la incultura, actúa un poco como la gente pobre que quiere “presentar en sociedad” (no es una frase que ellos mismos usarían) a su hija quinceañera y le prepara, además del fiestón, el vals, por supuesto. Nadie me ha preguntado nunca si soy contracultural, pero si alguien lo hiciera tendría que responderle que como vengo de un mundo con una cultura de la pobreza —así le llamó el antropólogo Oscar Lewis— lo que busco es tener una cultura-cultura, y (por inasequible que en verdad me sea) no más.

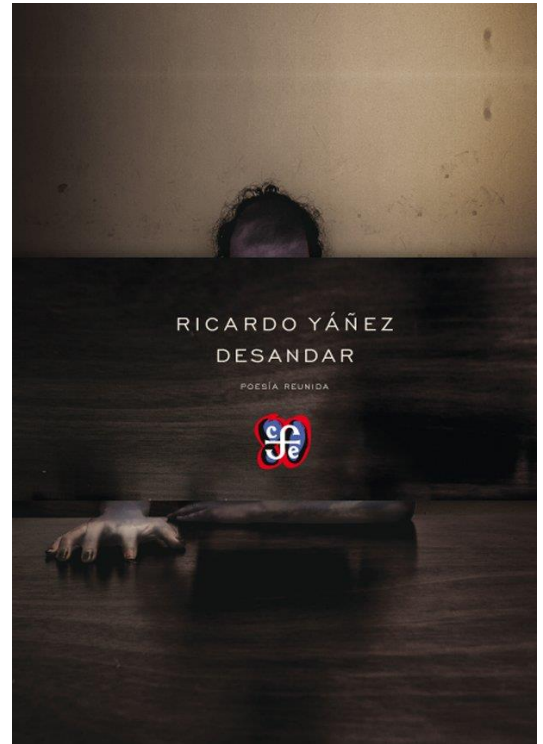
MONOLITO

MONOLITO

*Ricardo
Yáñez*

***Desandar*, devolver sus pasos, ver las huellas, sus voces; ir al comienzo, a la vuelta de los años, de sus palabras. Y esto es una acción sensible, nostálgica hasta cierto punto, ¿lo cree usted? ¿Por qué de este volver? ¿Para qué desandar los años de su poesía?**

El título nunca me convenció, pero no encontré el adecuado. Quizá *Borrar los pasos* hubiera sido mejor, que es lo que yo más o menos quería decir, con su sin duda carga de humildad pregonada que por lo tanto no es humildad. Al proponérseme la reunión de mi poesía, me entusiasmé, desde luego, pero rápidamente me entró el temor de no estar a la altura. Corregí con cuidado, intentando no modificar demasiado (en especial no distorsionar el sentido original de cada poema), esto como una cortesía para el lector (si bien no dejaba o deja de ser una cortesía para conmigo mismo, para los poemas a reunir). Eso está advertido al principio de *Desandar*. Ahora lo explico un poco más. Intentaba, asimismo, decir adiós a la vez que agradecer los caminos (pensaba más en veredas que en caminos, pero en fin), decirle adiós y gracias a aquel que fui.



Gertrude Stein decía que no había escritores de un solo libro, que para poder juzgar justamente a un autor debe leerse la totalidad de su obra. *Desandar* es una reunión de palabras, de años, de sentidos, 12 libros: esos años son usted. ¿De alguna manera esta obra es un plantarse frente a todos y decir éste soy, éstas mis palabras, mis partes reunidas, y estoy listo para ser juzgado?

“Éste es el que fui”, es lo que quisiera decir el libro, pero también, sin duda: “Si algo queda de esto, puede que eso sea todavía”.

La mayoría de los libros compilados en *Desandar* fueron publicados en su momento, pero también hay uno inédito, *Nuevos papeles volando con canciones simples*, hablemos de él.

No distingo mucho entre mis canciones, se me confunden. Por ejemplo *Papeles volando* y *Nuevos papeles volando* pudieron ser un solo libro, sólo que lo que constituye el primer título ya estaba publicado, y ambos, juntos, pudieron haberse sumado a *Piso de tierra*. Claro, eso obligaría a una reestructuración de todo. Quizá a prescindir de textos (hay bastante repetición, de temas, de rimas –me gusta mucho la repetición, pero de haber juntado todo en un solo libro resultaría, sin más, aburrido). Pero el caso es que me pidieron, en el Fondo de Cultura Económica, un inédito. Pues lo di. En términos generales, no sólo en *Papeles volando*, cuando hago canción trato de mezclar la canción popular mexicana, a veces incluso latinoamericana, con las antiguas canciones españolas (de modo que por ahí se me aparece García Lorca o Rafael Alberti, que también pusieron atención tanto a su folclor como a las raíces, por así decir, de su folclor, o hasta, siglos atrás, Gil Vicente o, no estoy seguro, pero puede ser, Juan del Encina).

El editor (Ediciones del Ermitaño) Alejandro Zenker afirma que en 60 años el libro-objeto desaparecerá. Muchas editoriales comerciales están migrando parte de su catálogo a plataformas digitales, lo mismo está haciendo el Fondo de Cultura Económica al igual que bibliotecas públicas, etcétera. ¿Qué opinión tiene al respecto? ¿De alguna manera cambia la forma de escribir, leer –interpretar- la poesía en estos nuevos medios digitales?

No. No en mi caso. Yo, desde que pude, escribí (casi) siempre a máquina, y desde que me decidí –porque vaya que opuse resistencia– en la computadora. El resultado, dado el hecho de que, según me dijo bromeando un enterado en literatura, mi vanguardia apunta hacia el siglo XVI (y yo digo que puede que más atrás), es el mismo. Confío más en la memoria que en los llamados soportes físicos.

MONOLITO

MONOLITO

*Ricardo
Yáñez*

En uno de sus poemas dice usted: “Sonreímos abiertamente al tiempo que vivimos/así sea desastroso/(...) Pobres de nosotros si no (...)”. Sus versos nos presentan a la sonrisa como medio de salvación. En la época actual, confusa, convulsa, cínica, en el que tenemos a demagogos y declamadores profesionales gobernando, en una tierra llena de muertos y de fantasmas mutilados, ¿cómo seguir sonriendo? ¿De qué forma se puede sonreír ante semejante paisaje? ¿Cómo salvarnos? ¿La poesía puede salvarnos como piensa el poeta Baudelio Camarillo?

Cada quien se salva a sí mismo (la palabra salvar me suena un tanto excesiva, pero aceptémosla), y no de un jalón, día a día. La pequeña o gran salvación que logra hacer de sí cada día puede contribuir en mucho a la salvación de muchos otros. Lo mismo vale para la poesía que para la economía, la arquitectura, la jardinería, la educación, la carpintería, la albañilería, la pintura, la música, etcétera. Sonreír, de todos modos, se sabe, es al menos descansar.

Uno de sus versos dice: “No dejes, pero no impidas, que se vaya el colibrí”. ¿Cree usted que este poema es una metáfora de la relación que tiene con su poesía; es decir, no dejar a la poesía, pero si ésta un día decide irse, habrá que aceptarlo y no escribir más? ¿El colibrí sigue apareciendo o se ha ido?

Ese verso o aforismo nació de un hecho real. Nos reuníamos un grupo de personas a tallerear bajo un guayabo y llegaba con frecuencia un colibrí y se quedaba suspendido por momentos —que nos parecían dichosamente largos— en dirección a nosotros, no al guayabo. Yo no sé si lo dije o me lo dije, pero de cualquier manera lo di a entender a todos y cada uno de los demás: “No dejes, pero no impidas que se vaya el colibrí”. O si se quiere, recordando aunque con otra palabra un texto de Raúl Bañuelos: el milagro. O la felicidad. O el don.

Serie
Fotográfica
Alex Gánem



La sombra de miles

Serie
Fotográfica
Alex Gánem



Mozartseando

Serie
Fotográfica
Alex Gánem



Sobreviviendo a Borinquen

Serie
Fotográfica
Alex Gánem



Enclaptados

Serie
Fotográfica
Alex Gánem



Con la vida auestas

Serie
Fotográfica
Alex Gánem



Maratón por la vida



Las nueve musas

Semanario de artes y humanidades



Las nueve musas



palabra sobre palabra

DHA

Directorio
Hispano
de las Artes